



ROSA CRUCHAGA DE WALKER

LA JARRA OSCURA

Antología poética

EDICIONES *Ala* ANTIGUA

“NACIÓ PARA CANTAR”

La poesía interrogativa de Rosa Cruchaga trepa por los sentidos haciéndose preguntas transparentes: es una enredadera de cristal.

Inocencia y examen, conciencia y contradicción forman sus esencias, tanto el asombro infantil como la exploración metafísica no se dan tregua en su canto.

Donde sea, se pregunta uno: ¿camina Rosa por un camino rural, entre álamos y ganado, o quiere subir al cielo, tocando la puerta desconocida con fervor angustioso?

Lo cierto es que donde pone su mano blanca brilla el rocío, con rastros de la noche sombría, también con la fragancia de la matutina hierba.

Contradictoria y delicada, dulce pero jamás almibarada, su presentimiento la rige como una conducta. Canta entre vacilaciones, indecisa entre lo más distante y lo inmediato, entre la verdad real y el misterio deseado: canta porque no tiene más remedio: nació para cantar.

P A B L O N E R U D A

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

LA JARRA OSCURA

LA JARRA OSCURA

PRIMERA EDICIÓN

El presente libro es propiedad de la Editorial y no puede ser reproducido sin el consentimiento escrito de la misma.

LA JARRA OSCURA

Diseño y producción: Gustavo Torres
Calle 25 No. 118

Distribución: Océano Caribe
Calle 25 No. 118

San Pedro de Macorís, República Dominicana

EDICIONES ALTA ANTIGUA

LA LARA OSCURA

© ROSA CRUCHAGA DE WALKER

Registro de Propiedad Intelectual Inscripción N° 127.077.

I.S.B.N. 956-291-433-x.

Diseño y producción: Gustavo Donoso
teléfono 621 1138.

Impresión: *Offset Color*
teléfono 639 6297
San Francisco 182, Santiago de Chile.

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

LA JARRA OSCURA

ANTOLOGÍA POÉTICA

Selección de Miguel Arteché y Renato Yrarrázaval

"Non las cumbres dan ocasión de desmayar."
JUAN ANTONIO MASSONE

"De toda prisión escapa la Presa."
GUSTAVO DONOSO

Año 2002

EDICIONES **Ala** ANTIGUA

"... cristos de eternidades visibles"

MATÍAS RAFIDE

"Leyéndote constato : Lo profundo ama las máscaras."

CARLA CORDUA

"Confía en las ráfagas ..."

CARLOS ÓRDENES PINCHEIRA

"Sólo las cumbres dan ocasión de descenso."

JUAN ANTONIO MASSONE

"De toda prisión escapa la Poesía."

GUSTAVO DONOSO

ROSA CRUCHAGA

SABE QUE NO SE ESCRIBE POESÍA EN VANO

EL LECTOR TIENE EN SUS MANOS una jarra donde ha fluido mucha agua y muy limpia: esta antología de Rosa Cruchaga recoge más de cuatro décadas de extraordinaria fidelidad al oficio “de cuajar en palabras nuestra vida”. Por cierto, si bien un prólogo no es un ejercicio de crítica o de erudición, tampoco ha de ser un acto de gratuita alabanza, pero sí puede ser un gesto de reconocimiento a una obra y un testimonio de amistad. Sucede que varias semanas de relecturas, de lecturas aplazadas por mil motivos, han producido descubrimientos y redescubrimientos que han confluído en una simple verdad: Rosa Cruchaga es notable poeta y leer —o releer— sus poemas es una experiencia enriquecedora que es grato compartir.

Desde *Descendimiento* (1959), Rosa Cruchaga ha publicado una decena de libros; poemas suyos han aparecido en revistas y antologías importantes, ha sido objeto de críticas elogiosas (iba a escribir “críticas empalagosas”) y de unas pocas observaciones perspicaces. Su presencia en el desarrollo de la literatura chilena de la segunda mitad del siglo veinte es lo que se dice una realidad sólida, y eso que, aunque tiene muchos y buenos amigos literatos, no pertenece a ninguna capilla literaria (sus inclinaciones la llevan hacia otras capillas) ni ha usado las amistades y las lealtades para promoverse. Sus libros, muchos publicados por editoriales de renombre, llevan siempre el regusto de modosas autoediciones. Ella no es demasiado quitada de bulla; sus poemas rehuyen toda forma de estrépito: su presencia de poeta es limpiamente reconfortante, como cuando llega a llover en la ciudad de Santiago.

Se ha señalado —ella misma da las claves— que en la poesía de Rosa Cruchaga confluyen tres vertientes: la religiosa (que los malintencionados querrán llamar “catequística”, como un mal nombre para su intransable religiosidad); la social, manifestación de su presencia activa en un mundo lleno de injusticias y calamidades; y la que ella atribuye a su “desmedido amor por la fonética” y que yo prefiero llamar reverencia hacia las formas y temas de la poesía clásica. De hecho, muchas veces da la impresión de que ella se siente más cómoda en el desafiante soneto, con todo lo que éste implica de interacciones culturales, que en la tentativa experimental. Todo esto —y bien que así sea— podrá ser importante para críticos y profesores de literatura, que quieren explicar cómo se inserta una obra literaria dentro de su contexto cultural. A los amigos y a los lectores de Rosa Cruchaga les debe bastar con entender que su cristianismo quiere ser vivido en toda su amplitud íntima, ritual, poética, cultural y social, o si se quiere, que su poesía no oculta que emana de una fuente donde las convicciones religiosas ocupan lugar de privilegio. Después de todo, este mundo es bastante complejo y no siempre parece bien hecho. Juan Antonio Massone lo apuntó: “La originalidad de nuestra autora se funda en la integración de vida y palabra.” Miguel Arteché lo resumió: “Mirar, y que las cosas nos miren. Ser capaz de mostrar a los otros lo que ellas son o las insólitas relaciones que hay entre ellas. Este (parece) es en parte el oficio del poeta.” Y la propia autora lo remató: “Con la poesía (y cuanto ella supone de simbologías y sublimaciones) yo busco crear mi sobremundo. Crear otra realidad que se sitúe de manera intermedia entre la realidad sensible y la que aún no es perceptible para mí, mientras vivo en el tiempo.”

Lo que los lectores de poesía habrán de saber también es que esta antología de Rosa Cruchaga les dará una visión de una obra poética rica y contradictoria, nunca blanda o insulsa. Hallarán poemas donde la retórica

invade al sentimiento, junto a poemas donde el sentimiento brota más doloroso mientras más reprimido, poemas donde figuras como Martin Luther King, Josephine Baker o el padre Hurtado se ven a una luz que nos renueva. Lo que pasa es que ella se instala en el efímero mundo sabiendo que hay algo más, algo que la inunda y la trasciende, pero donde puede asentar su raíz como poeta. La Rosa insegura, catequística, ingeniosa, y Rosa Cruchaga de Walker, culta, retórica, lúcida, se aúnan en la permanente partida cuajada en la palabra vital de los textos más logrados.

“Sé que me voy”,

nos dice en un poema entrañable que sintetiza su obra.

*“Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo
que aquel morir inmerso era lo mío”,*

confiesa y nos desarma. Rosa Cruchaga ha hecho de la transitoriedad su punto de anclaje hacia la permanencia. Su poesía se nos queda en la garganta como un desafío, y yo termino tergiversando su verso al apropiármelo:

Y qué : me voy, te vas, nos vamos yendo.

ANDRÉS GALLARDO

Concepción, julio de 2002.

MI SOBREMUNDO

S I LA POESÍA FUERA «una imitación de la realidad sensible», como afirma Aristóteles del arte, yo no escribiría poesía. Para no confirmar las insatisfactorias realidades. Muchos, aunque espero que cada día menos, creen que la poesía (el escribirla y el leerla) significa una pérdida de tiempo, y son precisamente los que suelen hablar de «matar el tiempo» porque viven aburridos y lo más probable es que mueran aburridos. Dicen de otra manera: es un malgasto de energías. Hay tanta urgencia que reclama nuestra atención, agregan. Para otros, la poesía no vale por no ser comercial. Ciertas definiciones de poesía se refieren a ella como a un resultado estético que deleita a terceros, y no se refieren a ella como un fenómeno decisivo para el poeta, si éste en verdad lo es. ¡Ay de la estética y de los estetas! No entrarán en el reino de la poesía. O si entran, lo harán a oscuras y tanteando muros desconocidos.

El poeta no sólo escribe en poesía, sino que en ella vive y de ella se abastece. Cuando la escribe, en el poema queda la impronta de todo lo que es él; y cuando no la escribe la relaciona y ordena con las realidades comunes para crear así sus propios materiales verbales de los cuales dependerá esencialmente. A esta urgencia de buscar para construir lo suyo debe el poeta su aspecto distraído y a veces soberbio. O su torpeza para desenvolverse en grupos humanos con cierta soltura. No intenta imitar la realidad: intenta sobrepassarla. Y es como un misionero: está expuesto continuamente a ser inmolado en la incomprensión o en el ridículo, a precio de ser fiel a su identidad y cumplir con su intransferible tarea. Y no hago la apología de un romanticismo nocturno o trasnochado.

Con la poesía (y cuanto ella supone de simbologías y sublimaciones) yo busco crear mi sobremundo. Crear otra realidad que se sitúe de manera intermedia entre la realidad sensible y la que aún no es perceptible para mí, mientras vivo en el tiempo. Quiero que ese sobremundo sea como una antesala de la experiencia mística a la cual no me allegué en esta vida. Para lograrlo abstraigo de los objetos lo que en ellos intuyo de permanente. Saco esos objetos y esas cualidades de su tiempo y espacio y los coloco en un plano aún imaginario, pero en el cual no rigen ya las arbitrariedades humanas, ni las cotas históricas y geográficas. Allí los dejo, y se armonizan espontáneamente, según sus afinidades o complementaciones. Así, poco a poco, brota ese sobremundo que necesito para acercarme a lo que no tiene tiempo ni espacio, a lo que no termina ni decepciona. Entre los procedimientos para construir ese mi sobremundo abundan las analogías y los contrastes de tipo visual. El sentido de la vista, por asociaciones de colores y formas, es el que mejor suscita en mí las abstracciones con que elaboro esa irrealidad que construiré con las realidades vigentes pasadas por el tamiz. La audición, en cambio, debe estar en blanco. Todo sonido me estorba. El de una música, el ruido del mar, el tictac del reloj, las páginas que alguien a mi lado lee y da vuelta. Sólo he de oír la sordina nasal con que marco el ritmo y los acentos.

Mi sobremundo pretende, con su prescindencia de arbitrariedades espaciales y temporales, ir acercándonos a mí misma y a quienes me lean, a la Única Armonía Permanente. A aquella que, de una u otra forma, todos buscamos en esta vida.

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

*Extracto de su discurso de incorporación
a la Academia Chilena de la Lengua.*

UNA ROSA EN LA ACADEMIA CENTENARIA

1

SIN PASTILLAS DE MENTA y sin arrastrarme por la puerta de servicio, quiero yo, ahora, hablar de Rosa, que ha ingresado en la Academia Chilena de la Lengua, por sus méritos y por méritos de aquél que todo lo abre. Y yo no sé si la puerta de la Academia es más angosta o más ancha que otras puertas. Dije: sin pastillas de menta, aunque me gusten más las de eucalipto. En cierto sentido ese poema (ya lo veremos en otros) es un paradigma de su poética (por lo menos, creo yo, la más original): en él se resumen sus procedimientos como en ningún otro poema. Sólo a Rosa se le podría haber ocurrido que en la menta se esconde la muerte, que la muerte atraviesa el pecho de un santo convertida en menta, en pastilla de menta, en bala de menta. En este asombro de la asociación (y no por un tic de un surrealismo obsoleto) se nos aparece como ella es en carne y hueso, antes de ser, como es, en poesía y verso.

Pero no sólo es el asombro de Rosa y sus poemas.

¿Qué dónde nos conocimos? Ella lo ha contado. Yo no estoy seguro de que sea así, porque la imagen que yo tengo de Rosa es, primero, la de un viejo cuaderno escolar que surge de mis manos, la de una caligrafía aguzada, la de unas hojas transformadas en rollos (no en rollos españoles, claro está, porque eso es lata), la de unos poemas salpicados de tachaduras, la de unas hojas arrancadas que por manía materna (yo, se entiende) debo ordenar, numerar, unir, dejar en una carpeta, antes de comenzar a leer. La otra imagen es la de una Rosa nerviosa (valga la rima), quisquillosa, vacilante, segura, insegura, indisciplinada, disciplinada, humilde, nohumilde, tozuda,

notozuda, y así la seguiré viendo. Porque ese cuaderno, al cual no sé si ha dedicado un poema, es, con su mismo mecanismo de asociación, el que hace que permanezca para mí, en el orden cronológico, como lo recordé ella, allá en Concepción, en 1958.

Ya sé lo que va a pensar cuando lea estas palabras, con esa su característica manera de defenderse de un ataque que no existe. Seguro que piensa: Miguel cree que soy un cuaderno escolar; cree que soy sólo un cuaderno escolar, marca Siluv, o Síluv, qué se yo, y es típico de él eso: que se interesa sólo por los objetos que rodean a las personas o que las personas traen, y no por éstas. La desilusiono, y dejo a un lado ese juicio temerario, que yo me he inventado. Pero es que allí, siempre allí (hace muy poco tiempo me envió otro cuaderno escolar con sus últimos poemas) estaba su poesía: está y estará ese que ella llama *su sobremundo*. Una poesía que pasa por el meridiano de la gran lírica chilena, como ha dicho Hugo Montes.

Pero, ¿quién es esta Rosa inesperada?

Porque, dígase lo que se diga, yo no puedo llegar a su poesía (como no se puede llegar a ninguna poesía) si no parto de la que la escribí. Los poemas no los escriben los arcángeles (esta es la ventaja que tenemos sobre ellos), y ese cuaderno no lo traía un arcángel ni en él había escrito un arcángel. Había escrito en él una Rosa de súbito. Después de todo no es poco romper una tradición de cien años, en un país donde las tradiciones comienzan mañana, y romperla con una rosa. Así ha demostrado la Academia Chilena de la Lengua que no sólo limpia, fija y da esplendor. Ha demostrado que es inmortal en el más estricto sentido de la palabra. Esta es, además, una rosa no perecedera. Y después dicen que los académicos no son finos.

¿Quién es? ¿Quién es esta Rosa que nunca termina de asombrarse y de asombrarnos cuando nos señala el mundo, nos lo muestra desde los ángulos más increíbles?

Mirar, y que las cosas nos miren. Ser capaz de mostrar a los otros lo que ellas son o las insólitas relaciones que hay entre ellas. Este (parece) es en parte el oficio del poeta. En este caso, poetisa. Limpiemos la palabra de toda cursilería. Poetisa, sí, y no poeta. Como tigresa, y no la tigre, o la tigre, como acepta la Academia, lo cual a mí me parece (la palabra) detestable, y suena a suegra, suegra de las malas. Que las hay buenas.

Ella misma ha dicho que será nuestra hermanita mayor. Típico de Rosa. ¿Cómo puede ser hermanita mayor cuando en la Academia hay hermanos algo más que mayorcitos y algo más que mayores? Serlo supone que nosotros, los académicos (he dicho: los) vamos a “consultarla” antes de tomar una decisión. Y esto no es verdad. Pero al decir aquello nos ha querido demostrar su cariño, y algo, para una mujer, terriblemente importante: decir en público la edad exacta que tiene. No se la ha quitado. Me consta. Consulté al Registro. ¿Cómo, entonces, hermanita mayor? Y para acentuar su afecto ya aseguró públicamente que traerá frascos de tonoprón (o de salubión diría yo) para aquellos académicos pálidos (aquí estoy yo en primera fila). Afirma que estudiará con lupa las palabras terminadas en *on* (qué horror). Asegura que es una perdiz frente a *Alone*, el cual es un caballo¹. Que *fabrica* versos desde la infancia y que su cómplice era su padre, don Alberto, ese hombre público destellante, humilde y sabio, en los tiempos (benditos tiempos) en que los hombres públicos eran servidores y no de sus propios bolsillos, sobre todo cuando éstos les dolían.

1 Llamar “caballo” a *Alone* no es, ni mucho menos, ofensivo. “Se abruma, escribe Guillermo Blanco, ante la idea de entrar en el lugar nada menos que de *Alone*. ¡¿Te imaginas?, dice. Es como cambiar un caballo por una perdiz!” En *Hoy*, 23 al 29 de mayo de 1984.

Rosa inesperada e itinerante. Rápida. Movediza. ¿Y cómo no? Una Rosa así sólo podía haberse casado con un Caminante, que esto en cristiano significa Walker. Un marido caminante, impertérrito y finamente irónico. De Chillán a Nueva York. De Chile a España. De provincia en provincia. De El Volcán a Mulchén. De Concepción a Vallenar. De Tierra Santa a Egipto. De . . . Se hace camino al andar.

Subamos a su máquina del tiempo. Pero rompamos la linealidad del tiempo, que es lo que siempre hacemos cuando recordamos.

Rosa doméstica. Rosa que barre. Rosa que a los ocho años sufre una grave pulmonía y delira en octosílabos. Rosa estudiante. Rosa que fabrica sonetos para sus compañeros de estudio, y sólo en una mañana escribe treinta y nueve. Rosa que embiste automóviles (con su automóvil, por supuesto), y Rosa que es embestida por automóviles, pues seguramente está pensando en la inmortalidad del cangrejo. Rosa que a los seis años, mientras espera el ascensor de una gran tienda santiaguina, cree que un maniquí de carne y hueso es de cartón piedra, y le acomoda la solapa de la chaqueta, hasta que el maniquí monta en cólera. Rosa que viaja en bus, lo cual nada tendría de particular, pero es que lo hace de una manera muy curiosa. Rosa que siempre “está viendo partir” porque ella (ella, él, sus hijos) parten. Rosa que “versea”. Rosa a la cual, en el tiempo de su infancia, le dicen que es una mujer ociosa porque se lo pasa todo el día leyendo. Rosa que abre los ojos cuando quiere enfatizar algo o sorprenderse de sorprendernos y nos tira de la solapa para llamar nuestra atención. Rosa que confirma las características de los Cruchaga: “una candidez mezclada con picardía, un desprecio por las cosas materiales, una falta de sentido práctico, una imaginación desmesurada y una fe cierta en lo invisible”. Rosa que vuela y se vuela (en el mejor sentido). Pasa el camión que trae los balones de gas licuado. Lee, ella, la vida de Ricardo Wagner. Tan sumida está en la

vida del músico, que firma el cheque con el nombre de Rosa Cruchaga de Wagner, y, como en el caso de Rilke, el otro cheque, se lo pagan. Rosa que comienza a padecer de una de las más extrañas enfermedades que los médicos hayan inventado, es decir, “el mal del soneto”, tan grave como el mal de la acacia o el mal de Neto. El tic del soneto (“... es lo más difícil del mundo de aprender. . . pero una vez que se consigue, no hay cómo sacárselo de encima. . .”). Rosa que “trama” hijos en distintos lugares geográficos y obviamente temporales. Rosa que dice (no se lo creo) que sólo tiene disciplina para el rezo diario, y que en cada Ave María pone una intención. Por ejemplo, para que cierto presbítero aterrice de una vez por todas o para que a cierta persona, que no es precisamente presbítero, se le abra el “mate” (está claro que se trata de la cabeza o azotea). Rosa que dice que es una fiera (sic). Rosa que busca la palabra precisa con el justo adjetivo, según quiere Alberti, y mientras la busca irrumpe la cocinera y le pide plata para comprar aceite. Y yo no sé si en este caso, como en el de Coleridge, quedó un poema sin terminar. Rosa explosiva (sic). Rosa que, peinada a la buena de Dios, siempre cae del cielo. Hiperquinética. Irónica. Rosa que escribe los números de teléfono en el muro.

Rosa que de niña era algo gordita. Rosa agorafóbica. Rosa que escribe con constancia, aunque “sin pulir jamás la obra antes de concederle la perspectiva de unos siete días de olvido”. Rosa, en fin, que se autocalifica de conceptista. Rosa que no sabe si en sus poemas su principal error fue esconderse “con pudor tradicionalista”. Rosa que se siente como “mosca en leche”. Rosa que “rompe todos los esquemas por la explosiva mezcla de ambigüedad e ingenuidad” (Valente *dixit*). Rosa “contradictoria y delicada, dulce pero jamás almibarada, indecisa entre lo más distante y lo más lejano, entre la verdad real y el misterio inefable” (Neruda *dixit*). Rosa “habitada por múltiples duendes” (Scarpa *dixit*).

Dios nos libre, y libre a los académicos de la Lengua, si todas estas Rosas cobran de improviso vida en alguna de las sesiones de la ilustre corporación. Sin embargo, se ha producido el milagro. Rosa, casi, casi, ha enmudecido ante la presencia de tantos inmortales. Tengo, sí, una sospecha. Y es que hasta ahora esperaba el momento de ingresar en nuestra Academia. Y como ahora ya es miembro de número, con todos sus deberes y derechos, ¿qué nos espera?

2.

SOSEGUEMOS AHORA LAS AGUAS. Dejemos que sobre ellas aparezcan los signos de una poesía para mí extrañamente unida con la tradición de nuestra lírica, pero al mismo tiempo lejana de ella. Y al sosegar las aguas, que muestran lo que yo quisiera mostrar: una parte muy pequeña de su profundidad y altura: esto es, señalar aquello que por deformación pedagógica o crítica algunos han ignorado de ella. Rosa ha hablado de lo que son sus propios poemas. Yo no digo que lo que una poetisa afirma, sobre sus poemas no valga. Pero tampoco que sea la única visión. Ni la de los profesores, ni la de los críticos, ni siquiera, por supuesto, la mía. La poesía, la verdadera, es innumerable.

Sólo quiero, ahora, para empezar, decir lo que su poesía no es, aunque otros digan lo que sea. E indicar esos dos puntos donde se apoya el arco de sus poemas. Que de esto se trata, y no de que sea abigarrada, barroca, enredada, de un yo apenas perceptible, coloquial y precisa (muchos poemas coloquiales no son precisos). Todo esto no basta, creo, para abrir su poesía a los lectores. Permítanme, entonces, entregarles algunas llaves, ya que las otras, las de la creadora, ya las coloqué sobre esta mesa.

Esta es, primero, una poesía que parte del lar. No del dios lar, sino del hogar. Una poesía que va, por necesidad irresistible, más allá de él, sin miedo, aunque el miedo aparezca dentro de los muros de la casa:

Si está malo el teléfono, estoy buena
con este perro que se llama Miedo.
Me defiendo del miedo con un Miedo
que me enreda el cordón con la cadena.

Si el mar lame mi mano palpo el miedo
en los colmillos de la luna llena.
Si pienso que no hay cola de sirena,
mi miedo es que también se acabe el miedo.

Me da tregua el teléfono, y la arena
me está llamando ya, pero no suena.
Daré huesos al perro. Y habrá un miedo
de que el Miedo me coma mientras cena.

Las olas son de miedo; el mar, de pena.
Y a mis pies va a ovillarse una ballena.

El llamado

Es otra paradoja. Ella nos había dicho que era agorafóbica. ¿Y cómo una agorafóbica sale así, tan sin problemas, de la casa, y se remonta, como veremos, a todos los espacios geográficos e históricos, e incluso trepa hasta las estrellas para darles nuevos nombres? Luego, como en cualquier hacedor que se respete, rompe, anula el tiempo, hace que trascienda, establece relaciones entre los objetos, logra que las cosas nos miren, y todo dentro de formas cerradas (sonetos, cuartetos endecasilábicos asonantados, etc.) que

se abrirán en su último libro, *Bajo la piel del aire*, al verso libre y al versículo, rigurosamente ceñidos. Lo cual, en cierto sentido, no sería ni original ni novedoso, y ni siquiera habría *ayudado* a crear algunos poemas que (con perdón) no podrán faltar en ninguna buena antología de poesía chilena (no me refiero a cierto *florilegio* en que el autor se autoselecciona quinientas líneas más que Quevedo: modesto el individuo, ¿no?). Tampoco será novedoso ni original la forma en que ella se acerca a los objetos.

¿Dónde, entonces, lo distinto? Aquí comienza el asombro y lo inesperado.

Porque todo dependerá de lo que suele llamarse el punto de vista. En este caso, el punto de vista del objeto y de la persona rodeada por el objeto¹. No hay uno solo que no esté ligado con otros y con todo el mundo que lo rodea, en la casa o más allá de ella. Ya lo ha explicado Rosa. En *Después de tanto mar*, su segundo libro, comienza a descubrir ese mundo. Los títulos de los poemas lo indican con claridad: una jarra, algunas constelaciones, un perro que se transforma y transforma, una cantante famosa (caramba lo que Rosa “hace” con María Callas), un bus sumamente latinoamericano, unas playas de trasmundo, unos trenes fantasmas, unos botines, eucaliptos, una embarazada, playas desconocidas, la fortaleza de Herodes, una plaza, las ventanas, un elefante, algunos almendros, el espejo, un sótano, una carreta, ese paraguasmurciélagos, unos pescadores. Poesía muy concreta, pero *no* real, en el basto sentido de la palabra. Poesía concreta

1 “Me aconsejaba (Juan Guzmán Cruchaga) que no apuntase a caza mayor, a los temas ambiciosos, que suelen quedar grandes a poetas de talla normal. Me decía: ¡Si en poesía usted hace puntería a asuntos enormes como la muerte, o la Divinidad, o la felicidad, es como apuntarle a un león. Y probablemente usted acabará devorada... Pero si, en cambio, le canta a cosas sencillas, cotidianas, éstas son como pajarillos, que a uno lo encumbran, cuando ellos emprenden el vuelo por sí mismos!” En *Quién es quién*, Santiago de Chile, 1984. Agrupación Amigos del Libro.

que es llevada de una realidad concreta que a su vez es llevada a otra realidad no menos concreta donde los objetos se transforman unos en otros, transforman a las personas, y cantan; pero no dejan de cumplir la función para la cual el hombre los creó: un espejo que “empolla cerradura”, “el destino cerrado de un candado”, una flor que gatea hacia una de sus tantas metamorfosis, el barquillero que ofrece palillos de Penélope, un guante huérfano que oye el piano vecino, un latir quejumbroso de manzanas.

Rosa descende por los peldaños de un sótano. Y escribirá más tarde acerca de lo que ha visto. Ay, alguien dirá que se trata del hablante lírico (como si dentro del poeta no hubiera miles de poetas). Pero al poeta, mientras escribe, le importa un bledo el hablante lírico, le tiene sin cuidado que sus versos sean anapésticos o anfibráquicos. El poeta está interesado no en los que hablan sino en los que callan y al callar abren el silencio, ese silencio que se necesita para crear, un silencio que llega adentro, aunque afuera aülle la radio y el televisor chille con sus imágenes y su volumen. Vean, pues, lo que Rosa ve:

Fui al sótano y me atraparon
telarañas íntimas.
Con alientos rezagados
en venosa simetría.

Era un mundo de antifaces
en receloso equilibrio
de párpados con espejos
y comisuras con oídos.

Bajo el sillón con resolana
vi unos resortes de violines
y malezas transfiguradas en arcoiris.

De tragaluz a candado
percibí un entendimiento
minucioso como el polen,
irrebatible como el eco.

Fui al sótano y me abrazaron
las telarañas perdidas.
Las que al nacer traje
en los ojos, cristalinas.

Sótano.

¿Dónde está lo barroco, lo retorcido, lo rebuscado? No: es simplemente una visión del sótano, y no tiene por qué ser clara, como quieren algunos que hablan de poesía diurna (como la mejor) y de poesía nocturna (como la peor), lo cual es como hablar de poesía de cielos despejados o poesía nublada, cosa que podría interesar a los meteorólogos y no a los lectores. No hay escamoteos en este poema. Desde el título. Ella ha visto lo que otros no son capaces de ver (para esto viven los poetas), y no se ha escondido, como pensaba Neruda, detrás de sus propias metáforas. ¿Cómo contaría lo que es un sótano un novelista o un periodista o un filósofo?

Ahora Rosa sube a la cocina. Prepara el desayuno. Veamos de qué desayuno se trata, porque para ella (y me imagino que para Patricio y sus hijos) este desayuno no puede sino ser un desayuno con. . . Pandora:

Mi miedo a esta merme/helada
por mi pan viene avanzando.
Pandora tapa el envase
con sus eternos jamases.

Revuelvo unos tés remotos
que Pandora va expandiendo.

Y están sonándome ronc
estos terrones deshechos.

La leche huyendo a las llamas
ya sube y casi se asoma.

Tras que mi servicio acaba
se habrá de quebrar la loza.

Mientras consumo este zumo
de diluviosa manzana,
casi en futuro conju
cuanto Pandora estrujaba.

El pan que dora Pandora
cruje bailando en mi boca.
Y aunque el tostador yo llevo,
lleva Pandora el pandero.

Pandora.

Un sótano. Un desayuno. Y ahora un guante. No un guante cualquiera, sino un guante olvidado en París. Pero qué guante tan extraño para los que nunca imaginan nada porque podrían tal vez morirse si fueran capaces de hacerlo. Donde todos ven un guante, veamos qué ve Rosa:

Hoy me hiere, evasivo como el tiempo,
un guante hueco, con un gesto hinchado.
Como un túnel que falta demasiado.

Como el Arco triunfal de los que quedan
con vacío de pie sobre sus ayes.
Y el destino, que va por cinco calles.

Guante.

La mano ya no está en ese guante. ¿Qué mano? Sólo hay un túnel, una oquedad, una ausencia, y todo en cinco calles. ¿Retorcido? No: real. Que no lo veamos, es otra cosa. Siempre creemos que nuestros objetos dependen de nosotros y viven de nosotros. ¿Y después que nos hayamos ido?

De la casa, de la maternidad, del padre perdido que atraviesa y tiñe muchos de sus poemas (algunas veces todo un poema), de los hijos, de los muertos que son como humo que la envuelven (qué estupenda imagen), de esos muertos *que no tienen limite porque son todo al mismo tiempo, y son ellos, todos, al mismo tiempo*. De estos hitos casa, maternidad, padre, hijos, objetos que se imbrican Rosa va, ya lo dije, paradójicamente, a salir al espacio exterior. Esta es la evolución de su poesía. Va, ya afuera, a emplear el mismo procedimiento. Si, por ejemplo, habla de una embarazada, la transmutará en “catedral que está en clausura”. Lo mismo hará, de manera aún más libre, en *Muerte empaquetada*. Todo en el bus está relacionado, desde el conductor a los niños y funcionarios que en él viajan, anónimos, sin saber que están unidos: un campo de fuerzas en el cual, si se cambia una pieza, cambia todo. En la primera estrofa:

El conductor me ignora. Pero frota el parabrisas
con su gorra que mece despidiendo y saludando.
Yo camino con el vuelto en una mano, y en la otra
el paquete húmedo y seco en invierno y verano.
Cada mañana recibo las envueltas miradas
en una mano. Y en la otra, mi último calendario.

Y después

Bajan todos a la niebla al final de sus trayectos
que quizá nunca empezaron.

Se alejan aleteando su pelo entre los pinos
y desaparecen en el paquete helado.

Muerte empaquetada.

Y luego el primer espacio abierto. Pues un bus o un tren son, diría
Perogrullo, espacios cerrados que se mueven. Aquí está la playa, *Una playa:*

Qué será de esas playas. Tu arena perseguida
por la imaginaria espuma de tu boca.

Tu arena de apuestas perdidas
y cáscaras rojas.

Lucía añejo el borroso horizonte.

Tu sonrisa era apenas amapola amarilla.

Las actinias flotaban con su anillo disuelto
su secreción amarga.

Qué será de esas salmueras
con que tú, a ti, te perseguías.

Humeaba turbio el horizonte

bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie.

El diluvio, el desierto, la esponja de los sauces,
y tú, Novia, llorabas. Tú, tragándote y tragando
la huella improbable que dejan las anguilas.

Qué será de ese oleaje
en que te buscabas y desaparecías.

Y de las amapolas amarillas.

Esas playas.

Y más, más allá, a las islas. No unas islas fuera de la historia, sino
unas islas colocadas, en este caso, precisamente en ciertas historias:

Ya no cuento las ovejas perdidas para dormir sobre
almohada pastora.

Ahora cuento las islas apartes y unidas por el mar.

Primero: Groenlandia, madre de los frigoríficos sin puertas.

Segundo: Santa Elena, con diploma de Cáncer Imperial.

Tercero: las Malvinas con su triple bandera Federal,
Commonwealth y apátrida.

Cuarto: la Isla del Diablo, apresando a Dreyfus inocente, hasta
que es su salvador, Emile Zola, el excomulgado.

Quinto: Rodas que enseñó colosal muerte al Titanic.

Sexto: las antropófagas Bermudas sin cementerio al cual temer.

Mi brasero es como la isla Mann. De la que vuelan puras las
cenizas incestuosas que dieron a luz sólo a El Elegido.

Islas nocturnas

Y de las islas, de estas islas, a un poema donde ella resume, de manera magnífica (por imaginación, precisión de sentido, soltura del verso y riqueza del ceñido material), esa su relación que, comenzada con las cosas domésticas, remata en lo cósmico humanizado. Intensamente humanizado hasta el extremo de que aquello que invoca, las estrellas, se transforma en su familia. Hay algo aquí de crónica, de confidencia a media voz, como si no se atreviera a decir lo que va a decir.

Vean lo que Rosa hace con las estrellas y las constelaciones, y cómo las acerca a su circunstancia personal sin que dejen de ser lo que son. Van a ser bautizadas de nuevo.

Lección práctica de lo que siempre hace un poeta: dar nuevos nombres a las cosas:

Por algo a las estrellas las siento preocupadas.

De día me olvido de esas consanguíneas; pero, a oscuras, me vuelven sus apodos y los tenedores de más o de menos.

Ahora me miran como a niña mayor: a la que se le encargan misas y cigarrillos. Parecen implorar que les compruebe que fueron algo más que una lumbré en el vacío. Por ejemplo, ceras con pabito acogedor, torno al cual giraban insectos perseguidos. O un farol junto a un quiosco con avisos urgentes. Pidiendo sangre.

De ellas recuerdo a las más crueles o tiernas en mis dudosas fechas de cumpleaños. Y entre las imperdonables: La Cruz del Sur. Constituían un clan sarcástico. La madre me llamaba El Príncipe Feliz. pues me faltaban todos los botones. Pasaba descubriéndome tierra en las uñas comidas o en las rodillas machucadas. Por su carisma para descubrir tierra, la apodé La Gran Carabela, y su apellido era Veragua. Lo que no implicaba contradicción, pues Colón tuvo bastardos. Algunos pudieron ser anfibios.

La Estrella Polar era afectuosa. Pero partió a estudiar canto a Salzburgo. Envió una foto con quitasol de vidrio sobre una colina de flores de loto. Como parecía volándose en traje de tul, empecé, a llamarla La Asunción. Y tristemente acerté, pues dejó de escribirnos, y nadie supo dónde la enterraron.

Venus era solitaria. La suponían acéfala (porque a una abuela la guillotinaron), y nadie le hablaba. Por sobrenombre le puse *La Bienaventurada Futura*, pues lloraba a escondidas. Ahora es la más clara sonrisa de la noche.

El resto de las constelaciones son gotitas que empañaron mi espejo, cuando lloré a *La Osa Mayor*. La llamé *La Huida a Egipto*, porque la relegaron a causa de una calumnia amorosa que ella acató sin rencores. Ahora brilla rodeada de luces asustadas:

como una abadesa cuidando doncellas en peligro. Por ella supe que *La Vía Láctea*, por motivos teológicos viscerales, no envejece. Y es tan elástica su piel, tan inmedible, que hasta pudo exclamar sin desangrarse: «Mi alma engrandece al Señor».

Pero aún viendo cómo brillan las estrellas le temo a la muerte. Y hallo triste cada Navidad.

Las inmortales.

Estas son “Las inmortales” vistas por una... inmortal de la Academia Chilena de la Lengua. Pero los académicos de la Lengua somos inmortales, aunque no eternos. Por lo menos en esta tierra donde creció una Rosa.

MIGUEL ARTECHE

Discurso de incorporación de Rosa Cruchaga de Walker, como Miembro de Número, a la Academia Chilena de la Lengua (1984).

C O R A L D E S A L

Prólogo a "Bajo la piel del aire"

ROSA CRUCHAGA es un ser sorprendente en la vida y la poesía, en ambas, porque tiene el don natural de mirarlas con asombro, desde el ángulo más inesperado, con una libertad desordenada por los múltiples duendes que la habitan, que se expresan lanzando al aire de cualquier momento, estrellas de ingenio simultáneamente ingenuo y sabio, deslumbradoras e incitantes a la meditación, espirituales e increíblemente sensibles en su femineidad. Por eso, el punto de mira es esencial en su obra y otorga a cualquier tema, esa extrañeza inicial, esa profundidad que adquiere un número huérfano que puede ser el de la salvación o la pérdida, que nace quizá de dónde, pero significa, aunque sea la máscara con que, a lo humano, quieren identificarlo fríamente, siendo que el número eterno se da de una vez para siempre; viene con el símbolo de la menta helada; con la pregunta sobre las playas de arenas perseguidas por la imaginaria espuma de una boca bajo la piel del aire y sobre la piel de nadie; con la presencia riquísima, arrinconada, del sordo en la fiesta que sólo puede mirar la estridencia de las carcajadas, pasando, transcurriendo, instantánea, de labio a labio, mientras el piano sigue callando en su hueso, sin que sepamos si está agitado o quieto, reconociendo él lo que, entre el bullicio, se secretean las copas cuando, agotadas, las agrupan, y con el saber anticipado de la muerte que juega a las escondidas durante lo que semeja gozoso de vivir.

Intuye Rosa Cruchaga, por su mirar paradisiaco, con la sombra del árbol del bien y el mal a cuestas, que no da ceguera, sino dolorosa clarivi-

dencia, que todo lo que, poéticamente, toca, adquiere esa realidad irrevelada que contiene. Yo veo a una Rosa Cruchaga total en su poema *Muerte empaquetada*, y, quien no la conoce, leyéndolo, puede corporalmente verla a ella y a un fragmento de su diaria circunstancia. Estilísticamente, incluso, en su desarrollo, a partir de la afirmación “El conductor me ignora”, todo el poema en su manera de definir, de ver, de superponer, de eludir, sucesiva y coetáneamente, reuniéndolas, a la realidad más objetiva y la interior que se trasluce en gestos y afirmaciones que pretenden minimizarla a ella misma no podría ser originado y, por ende, escrito en otro ser que el de Rosa Cruchaga. Por eso, recalamos que es difícil encontrar poeta tan seguro, desenfadado, fiel, libre de modas y modos, y que, por eso mismo de no sentirse frente al común espejo, llega a dudar de su propia poesía, como si en el escribir estuviera en los extremos confines de la llama que, al apagarse, la deja “volcando las sillas que buscas” o siendo un material con que tejen las arañas sus quitasoles de muerte y, al unísono, el de las escalas de ángeles en el sueño de los patriarcas, pero que puede dejar, en su propio cielo raso, “la mancha que me pesa”, luego que agregó una hoja efímera a sus flores. O entender que a esa alfombra floreada y sin rocío, le causa relámpagos de sombra, las pelusas que vuelan de los lechos y que, si la sacude, cruje la yedra y salta “el verde azogue de las lagartijas”, sin que las flores estampadas estén sujetas a tiempo, porque esa alfombra de escalofríos no conoce la trama de cielo y de infierno, de subterráneo y alto entretecho, que la conforma, mas, ella, la mujer, alfombra también de antagónica materia, si sale a sacudirse al balcón, abrumada por el desaliento, padece el que sus resacas flores estén fijadas y no puedan recobrar su frescor renacido como puede, por sus manos, obtenerlo el objeto.

La angustia puede hacerse ironía, el hombre, una espalda que pasa apurada, donde un terno cuadriculado, un “terno ajedrez sin un caballo”, en

ese mediodía bancario de prisas se convierte, tras las gafas negras que miran la ausencia de un rostro y su simpatía, en una estafa. Todo, lo cotidiano, lo accidental, lo trascendente, visto desde este ángulo personalísimo de Rosa Cruchaga, adquiere un carácter único. Su técnica de superposición de lo que posee ya ángel poético y de lo común todavía, hasta ese instante, irredento, dan ese sesgo, ese ritmo, esa contemplación simultánea de lo separado habitualmente en el tiempo y en el espacio, ganándolo siempre a lo humano, raíz y esencia de su poética, tan personal de genio e ingenio, “coral de sal”, porque a lo múltiple y lo distinto lo sazona de Gracia.

Quizá su misterio de origen resida en esa sensación de pasar la vida viendo irse a las gentes, de enfundar lo ya inusado “cada vez que se van los que quedan presentes”; de pasar la vida “como quedan los puentes”, donde al dar la sensación de su transitoriedad para los demás, se define, sensibilísima por la suma de los tiempos que la afinan y firme en la inmóvil eternidad que la sostiene: “remecidos por siglos e inmóviles siempre”.

Celebro, admiro, esta poesía auténtica desde el ser, con voz propia, y su perfección lograda en aparentes dificultades. Por mantenerse fiel a su visión del mundo, Rosa Cruchaga exige a sus lectores que se quiten de los ojos los hábitos del leer, y, entrando en su juego serio, vean lo existente inédito, en su gozo y pena.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

ANTOLOGÍA

De DESCENDIMIENTO
página 37.

De DESPUÉS DE TANTO MAR
página 57.

De RAMAS SIN FONDO
página 77.

De RAUDAL
página 89.

De POESÍAS
página 99.

De ELEGÍA JUBILOSA
página 109.

De BAJO LA PIEL DEL AIRE
página 119.

De OTRO CANTAR
página 151.

De ANTOLOGÍA BREVE
página 161.

De SOBREMUNDO
página 165.

De LA NOCHE DEL GIRASOL
página 179.

UVA

De

«DESCENDIMIENTO»

-1959-

Uva es mi cuerpo
de la muerte que di cuando naciera.

Uva me asomo siempre en la espesura
del nacimiento: a zarpas en la hoguera
el miedo ha puesto un nudo en mi cintura,
y el llanto todo el frío que me fuera.

Toma en mi mano; piensa en esta hoja;
De raíz a raíz grito en la roja
sucesión de las uvas y semillas.

Me abro y me yergo sin saber si muero
por uva no seguirme, cuando espero:
salir muriendo en uvas las mejillas.

U V A

Como uva me destrozo : es la ternura
que no sé contener en mi frontera.

Uva es mi cuerpo : todo es envoltura
de la muerte que di cuando naciera.

Uva me asomo siempre en la espesura
del nacimiento : a zarpas en la hoguera
el miedo ha puesto un nudo en mi cintura,
y el llanto todo el frío que me fuera.

Toma en mi mano ; piensa en esta hoja ;
De raíz a raíz grito en la roja
sucesión de las uvas y semillas.

Me abro y me yergo sin saber si muero
por uva no seguirme, cuando espero :
salir muriendo en uvas las mejillas.

P A D R E

Habías de ser muerte, Padre, bajo tu aldaba,
para pagar mi cuerpo, por despejar mi llano,
para inundarme en luz, para vaciar los ojos
y descarnar las manos.

Porque me fuiste el tronco donde me estoy erguida
y ya de gusto vives tierra que me adelantas :
temblamos con tu viento. ¡ La misma sacudida,
la misma sed, la misma ceniza en tu garganta !

CON SILENCIO TE LLAMO. CON UN NUDO

Con silencio te llamo. Con un nudo,
con clavo de silencio yo te oprimo,
y te traspaso.

Hijo mío, en un viento de silencio :
raído ya te veo en todo el aire.
Brotaste en mi silencio.

Todo en ti ya lo he dicho sin los labios.
Oigo en ti todo un mundo de palabras
de Dios arrinconadas.

Hijo de mi silencio : tú sostienes
y hiendes mi pared, de ti empapada
como un vaso.

N O D E S P I E R T E N

No le culpen en pecho sino en roca.

No le tomen el eco por latido.

No es hijo : es un deshielo en que se esponja
cima en que no cabía ya más frío.

No le hablen que la espiga tiene roja
médula que las uvas ya palpitan,
Porque él viene de un mar, vértigo y boca
donde la vida emerge y cae hundida.

No le canten : se acuerda de su siega,
cuando un tallo cortó que estremecía.
Que aliente al oír pasos en sus venas,
pasos de vuelta a mar ya sin orillas.

No despierten las lluvias esa yesca
de mi carne arrasada en un diluvio.
Muera sin sed : por no beber se muera,
sin el agua culpable y sin el fruto.

Olas. Una ola los dos dentro de otra
ola, los dos dentro de un mundo.
Todas huyendo en sus espaldas frías.

Sobre una ola más allá de la ola
la lluvia cayó de espaldas
De cirios azules se abrió la primera ola
para alzarse en la espuma

Mas tú quedas, mi mano
Vuelvo a empezar la vez
de la lago en los espaldas
llueve de pie en la vereda.

Castaña de gemido y de cadeta
Yo no sé por qué
Será por que estoy cansada.
Será por lo que me queda.

H I J O (I)

Mejor que de castaña no gimiera
tu corazón, abuelo de esta espina
voraz, cuando sembrara en mi cadera
el vuelco de tu sangre cristalina.

¿ Quién eras tú cuando te di, quién era
el tallo tibio y tierno de esta esquina
total, donde se abrió la primavera,
donde me vuelo en la sutil harina ?

Mas tú quedas, mi mano : no reposas.
Vuelvo a empezar tal vez entre las rosas,
botón que baja a florecer espinas,

Castaña de gemido y de cadera
volcada en ti, hijo mío. ¡ Quién pudiera
morir donde ahora naces y terminas !

Muerta sin sed : por no beber se muera,
sin el agua culpable y sin el fruto.

LLUVIAS

La lluvia de suaves galgos
lame la sien de mi casa,
y la de abiertos geranios
se marchita en mi ventana.

Sobre una infancia de prados
la lluvia cayó de ovejas.
De cirios caerá en el lago,
para alzarse de azucena.

Llueve rojo en los tejados,
y de oro en la sementera,
de látigo en los caballos,
llueve de pie en la vereda.

Yo no sé por qué de anciana,
me llueve de manos trémulas.
Será porque estoy cansada.
Será por lo que me queda.

R.

Rosa en sentencia, rosa en esta espina
lacre que corre y corre por mi vena.

Alta en trayecto : casi una azucena
demorada en la muerte que me empina.

Rosa en su sangre : miedo que no atina
más que asirse a unos pétalos. La pena
de un gozo la horadó como colmena :
desde entonces un ala la ilumina.

Charco que te abres, charco que abotonas,
expatriado coral, y me coronas :
ungida reina fértil de la arena.

Los huesos clavav, clavav en la risa.

La roca tiembla y tiembla con la brisa.

Rosa en sentencia, rosa en la condena.

N A C E

De nuevo desespera en tuberías
la sangre que merece un desahogo.
De nuevo empalma en sangre aquel que en miga
los huesos fijarán con clavos rojos.

Polvo le echara el sol, porque él ceniza
será en la caja hermética del rostro.
El viento va a robarle sus semillas
y el llanto, que es lo vivo de sus ojos.

¡ No le den otro nombre ! Ya fatiga
su sien de martillar los nombres rotos.
Salpicadle con tierra la sonrisa :
ha brotado del último sollozo.

Denle sal a beber, no leche viva.
Para que más no crezcan sus despojos.
Cuando rinda estiradle la agonía :
¡ que demore en nacer con otro rostro !

Que le triunfe el coral al denso verde.
Que la albahaca no aprenda olor a pino.
Y esta escarcha que llevo en mi corriente
rompa en su claridad, y no en mi frío.

Que no siga el sabor de los cuchillos
por la savia, a tejer cortadas mieses.
¡ Levántese mi sangre de mil muertes,
como el sol, por pulsar para un olivo !

Que el que brota de madre mutilada
no sienta que entra un viento por sus hombros.
Que al huérfano de higuera que quemaran
no le acudan cenizas a sus ojos.

De este monte de frente avergonzada :
¡ sálvese luego el tímpano glorioso !

O R I G E N

De ceguera mordida y pavorosa,
más que del mar, las olas han nacido.

No del embrión : de ahogo, la paloma ;
y del miedo al invierno : todo el trigo.

¿ Cómo pude, no en hueco de glaciares,
aprender soledad de tanto filo ?

Esta agua, si compacta fue en su madre,
no estaría hecha triza en los caminos.

No es sangre que me corre : esto es un zumo
de agobios que legaron los rendidos.

Más que miedo adherido, esto es un musgo
sobre piedra, reciente, desde siglos.

No pudo ser benigno el sol. No pudo
ser el mismo al que se abren los maizales :

si a esconderse en la tierra tira el fruto,
si la rama desgarrar por volarse . . .

Tres veces dejé mis ojos
en párpados de mis hijos.
Aún alzo por atisbarlos,
igual que el vaciado trigo.

Urdiendo esmeradas carnes,
de fibra y brazo, he rendido.
Más vacía estoy en venas
que llenaron las del hijo.

Ya sobro en mis años. Nadie
tan largo y hondo ha sentido ;
por seis brazos los cansancios,
por tres espaldas los fríos.

Yo, desde niña cobarde,
que a la muerte prefería,
cuando de mí, por fin, huya,
más sola quedo en mis hijas.

C A M I N O S

Si quedo de los caminos
sólo aplazo la sentencia.
Pero no sé contestarles
si me quiero viva o muerta.

Como a un árbol se me ató
con viento los vivos brazos,
y debo escoger camino
con el impuesto cansancio.

(Mas si turbo no equivoco :
ya están escritos mis pasos.)

Yo fuera lanza y no mano
en forzosa rasgadura :
por no escoger mi camino
y al dolor sumar la culpa.

De río hambriento hacia el mar,
el abrazo, de perdido.
Pero el camino es sin nombre.
Aquel que conoce el mío . . .

(Más si turbo no equivoco :
mis pasos ya están escritos.)

El monte va a sima justa,
la neblina a los cipreses :

¡ Quiero muerte que me calce,
como en un nacer el vientre !

Pero en blanco los caminos,
todos me llaman callados.
Aunque turbe no equivoco :
ya están escritos mis pasos.

E L E G Í A (II)

Dime que ya te incrusto, que ya encorvas
tu hombro de nada a cuestras con mi vida.

Di que en esta tiniebla no estoy sola,
que cuatro brazos son, y crucifican.

Hueca estoy porque íntegra en hondas aguas
mi hijo, y en mi tronco no se empina.

Porque ya te vertí, y eres escarcha
que a la sed vuelve ahogo y precipita.

Si todo en tierra, Padre, ya no es nada.

Hijo : si nada en tierra es todavía,
decir, ¿ qué agua a beber hay, que no basta ?
¿ Dónde apoyar seguras las espigas ?

M A N O S

¿ Que si las tocan las lluvias
se abalanzan de la sed ?
Mil siglos atrás tuvieron
sólo bruma en que beber.

¿ Que a hundir tienden ? ¿ Que las llaman
unas voces sumergidas ?
Antes del tiempo eran una,
en la nada, con las islas.

¿ Que al dormir siempre murmuran
silenciados, blancos nombres ?
Mis manos fueron los labios
del que ahora es sordo bronce.

MUERTOS

De

«DESPUÉS DE TANTO MAR»

-1973-

Pan disuelto poco a poco, en mis venas.

Los muertos como manadas de lluvias
por el mundo, van rotando feraces.

En la arena, llorosos y empañados:
son mi sed azuzada por los mares.

M U E R T O S

Cuánto debo a los muertos : transparencias
que pliegan en peldaños a la niebla.

Humo que mimetiza al envolverme.

Pan disuelto poco a poco, en mis venas.

Los muertos como manadas de lluvias
por el mundo, van rotando feraces.

En la arena, llorosos y empañados :
son mi sed azuzada por los mares.

EL MUERTO EN LA CORDILLERA

El muerto de la cordillera
no tiene límites, no ha nacido.
Como el perfil del agua en la redoma
es convexa ilusión de lo purísimo.
Como un pez convertido en una lágrima,
el mar tiene su forma y él navega en sí mismo.

¿ De qué me libra mi sombra,
remedándome un olivo
de sangre que se deshoja ?

¡ Ay ! madre y ¡ ay ! hija mía :
Dos rosas me cantan
pero, sólo oigo callar la espina.

Qual rincones o parvas
se juntan con la lluvia. Como larvas
esmeran su verdosa luz que asusta.

Que se hundán en su brazada
minuciosa : pues cada poro gusta
a mar, y cada gota es separada.

S A N G R E

Carne yo les robé cuando dormían
a mis padres, meciéndose en retamo.

Yo fui el hacha y hoy pierdo mis astillas.

Fui la ola y me arrasan los costados.

La luz que di me borra las pupilas,
robándome a mis padres de mis párpados.

Con la culpa de arena me he quedado :

La sangre ya corrió. Nunca fue mía.

QUE LAS MADRES

Que las madres se hundan en su mirada
envolvente : La muerte honda ha crecido.
Desollado y vestido
el ramo siemprevivo por la nada.

Que las madres trepen a la quebrada
que llevan. Nadie muerto ha rendido,
y nadie dividido
pensó en haber la sombra unificada.

Cual rincones o parvas
se juntan con la lluvia. Como larvas
esmeran su verdosa luz que asusta.

Que se hundan en su brazada
minuciosa : pues cada poro gusta
a mar, y cada gota es separada.

SC O L U M P I O

Un niño como araña sin sangre
cimbra con su columpio mi cielo.

En su hombro tambalea mi ventana
y se aferra a sus pies el cementerio.

En lo alto de mi aliento ninguna
flor vacila en aroma más cierto :

Como este loto mío que se encumbra
por cordones de muerte al nacimiento.

L A J A R R A

Yo en mi cuarto, sola.

El agua en la jarra oscura.

Siento mis ojos de paja
porque un bosque me perdura
como la cera sin llama.

Como la cera sin llama
que, en témpano, se rasguña
y, en vigía, se acorrala.

El agua en la jarra oscura.

Irás dentro del agua que perdimos.

En invierno : de concavos racimos.

En las venas : de aurora derramada.

B O T I N E S

Voy a darte mis botines de vicuña :

Fuerza rubia que inyéctase en mi sangre.

Voy a darte mis botas de vicuña.

Que anoche conté estrellas decisivas :

Conté cien y las cien eran la misma.

Yo calzaba dos saltos de vicuña.

COMO MADRE UN AMIGO

Como madre un amigo se me ha muerto.

Con la semilla ardiendo entró en el frío.

Maitén de agua : brotaba en ti el rocío.

De ti alzaba la luna, blanco huerto.

No era madre en la sed sino en el cierto

dialogar sangre a sangre con el río.

Por hermano, en el rojo desvarío,

de la tierra sembrada, el mar con puerto.

No murió : de arbol sigue la hoguera.

No será el mundo luz pero sí ojera :

Siempre en ti, donde falta tu mirada.

Irás dentro del agua que perdimos.

En invierno : de cóncavos racimos.

En las venas : de aurora derramada.

A I R E

El aire con su cruz de aire inmenso
tropieza en la hierba. Algo ataja
ese olor transparente. Alguien angosto
que socava la luz a dentelladas.

Se requiere una piedra porosa
para enterrar el Norte.

La ola par redimida por nones
ya arrastra a los zafiros y al jacinto,
la línea y las dunas vaciladas,
el cero y el diez mil veces quinto,
el ojo y dos hoyos con miradas.

EL GUANTE OLVIDADO

Hoy me hiere evasivo como el tiempo
un guante hueco con un gesto hinchado.
Como un túnel que falta demasiado.

Me agobia como el arco de tu guerra
tu vacío de pie sobre mis ayes.
Y el destino que va por cinco calles.

P A L A B R A

Me cimbra una palabra
asomada y esquiua,
como un bosque colgando de una liana.

Como pluma entubada en una tromba
se me da el horizonte en espirales.

Ya el cordón que me trajo se deshizo :
como un fuelle de viento que no parte.

la línea y las dunas vaciladas,

el cero y el diez mil veces quinto,

el ojo y dos hoyos con miradas.

LLUVIA

La lluvia es un ayer que no puede esquivarse
y al ceñirme la piel me desnuda las manos.

Tus vaivenes de lluvia me desvelan
por no doblar la lluvia perfumada
y el tronco se me desnuda las manos.

En la noche la lluvia me desvela
como lluvia apurada en el viento
al ritmo rosa : y al ceñirme la piel
me desnuda las manos.

Con un sosiego de lluvia gaviota
reluciendo intacta sobre abismos grises
en la ofeta de junio desamado
parpadean tibieza los jazmines.

J A Z M I N E S

La maceta puntual sin más recuerdo
que su aliento conciso : sin garganta ;
en el medio de Junio se detuvo
por no doblar la lluvia perfilada.

Como pluma enubada en una nimbada
En su aliento sin brizna me reduzco
al nimbo rosa : vaho de mi cuerpo.
¡ Ah ! su intención de espuma que desliga
de mi peso un jazmín blanco en extremo.

Con un sosiego de íntima gaviota
rielando intacta sobre abismos grises,
en la ojera de Junio desamado
parpadean tibieza los jazmines.

Horizonte empinado que le esquivo
a mi hondo lagrimal.
Tus vaivenes de cuna me retienen
y el tronco se me va.

En la noche hay un clavo que se queja
como lluvia aplastada por el mar.
Las majadas caóticas en cuernos
de tijeras, te sienten hilar.

Señálame con niebla, hoja por hoja
la esperanza engañada, el árbol después
Señálame con sol, piedra por piedra
la soledad que sigue el agua
Déjame en ti burlarme de la noche
porque ya no me siguen los barrancos :
y perdonarme, al fin, y que me libre :
sin tener que pisar sobre mis llantos.

I S L A T R I N I D A D

Brasero tras de tanto, tanto mar :
Trinidad encandila.
Cual Moisés extenuado ya me sobra
la promesa cumplida.

Transparencias de palmas me remuerden
los párpados manchados de Tobías.
Desenvainando sigilosos plátanos
como Judit culpable : bebo heridas.

Arca después de tanto, tanto mar :
Trinidad no cobija.
Me sigue el agua eterna y dejé abierta
en Aarón la sed íntegra.

A L T U R A

Quiero ver día limpio, sin la piedra
que tropieza en sí misma y en mi cuerpo.
Ya muéveme tu paz, tu poder ábreme
Torre : para que suba el firmamento.

Quiero huirle a la sangre en que me atrapo.
Quiero el fango mirar desde tu orilla.
Deja, sin tener que ir, hallar mis pasos :
sin tener que llegar a estar perdida.

Señálame con niebla, hoja por hoja,
la esperanza engarzada en el olvido.
Señálame con sol, piedra por piedra,
la soledad que nadie ha recogido.

Déjame en ti burlarme de mi noche
porque ya no me siguen los barrancos :
y perdonarme, al fin, y que me lllore :
sin tener que pisar sobre mis llantos.

CITA

De

«RAMAS SIN FONDO»

-1967-

En mis
No llego. No llego. No llego.
El corazón subterráneo
por los umbrales del pecho.

Me regreso como un ancla
con sabor a lo insondable.
El corazón más ronco
que los mares.

En mis pasos escucho sus sienes.
No llego. No llego. No llego.
El corazón subterráneo
por los umbrales del pecho.

Me regreso como un ancla
con sabor a lo insondable.
El corazón más ronco
que los mares.

En Cuzco las mujeres solas
con su otra cabeza retroceden.
Con sus otras piernas se persiguen
de nuca a cadera : como escalofrío.

Bajo el Arco de Santa Clara
se les encoge la mirada curva.
El árguena cruje como una rodilla
de huesos hincados en la piel.

En el Poniente el Urubamba es negro
y lo plisa la luz de Ollantaitambo.
Las mujeres llevan graderías en la frente
y la Fortaleza jiba sus espaldas.

Centelleaban los rieles en la bruma.

Las hortensias de párpados secos

relumbraban aceite cuando

pasó el tren negro.

Cuando pasó el tren hueco

los perros del mar aullaron

muy adentro.

Pasó una patria por mi vida

sin llevarse mi cuerpo.

Perros largos me tienden

aullidos paralelos.

V E N D A V A L

El vendaval aúlla
en la chimenea ausente.

Ay niño, cuando me miras
desvanecen las paredes.

El humo como una ojera
por el olvido resbala.

Ay niño, cuando me besas,
gime el viento en la ventana.

El frío araña en las tejas
de los años simultáneos.

Ay niño, cuando morimos :
sigue el péndulo azuzándonos.

R O J O

Como naranja hacia dentro.

Nunca por la mejilla.

Como lago llorando
púrpura sumergida.

En los viñedos rojos
estalactitas arden.

En el cordón sin alma :
el latido de nadie.

Las algas como escaleras,
bajo los mares.

Me he llenado de voces sin oído,
de futuro con remordimiento.
¿ Eres Tú ? : dímelo, que el tiempo
cae sin vivirlo.

Como hilacha de luz voy a tientas
en un muro adherido.

El callejón se queda con los pasos.
Inmóvil llueve junto a los precipicios.

Ay año, cuando morimos :
sigue el péndulo azuzándonos.

Como el muro, nacida por un miedo,
espero en blanco que se acabe el río.
Que me esculpan el nombre : y sea mío
el aguacero curvo de Toledo.

Mi ojera es mi alma. Mi alma en que remedo
a la almena mordida por rocío.
En lo alto abrume y a los pies me río
con el llanto que fui, y en que me quedo.

H I J O (IV)

Un río que se esconde en las cerezas
me ronda el corazón.

Hijo, ¿ me llamas ?

Ya no tengo un pañuelo en esta seña :
las gaviotas lleváronse la playa.

En mi garganta atasco el Horeb seco.

Dime, hijo ¿ me llamas ?

Ninguno llevó el pecho
ni recogió la vara.

El agua lejos se ha encendido
y me ciega el carbón que dentro mana.

Traen negras las señas
las gaviotas que vuelven sin la playa.

Di qué busca tu espalda, cuando a solas
vas y vienes por surcos de mi cara.

P O R E N C I M A

Por encima de la aurora
Dios dormido es de un negro inmacillable.
Con su otro infinito iluminado
un poco me amanezco.

De Dios tengo las mitades
en mi mano sombreada y la que fulge.
Nada sé escribir, sin que me falte.
Nada puedo esquivar, sin que me inunde.

REGRESO

De

«R A U D A L»

-1970-

El viento lleno
y no pude encontrarlo.

Entre arrugas, los ojos
atisbaban cerrados.

Mi puerta se voló
con el polvo de su árbol.

Lo abracé impregnada,
y no pude encontrarlo.

R E G R E S O

Él venía lleno de ojos,
y no pude encontrarlo.
Entre arrugas, los higos
atisbaban cerrados.

Mi puerta se voló
con el polvo de su árbol.
Lo abracé impregnada,
y no pude encontrarlo.

Tus trenzas triscan la espalda,
Y los lagartos cortados
de Pucá Pucará
en los poros grasientos
de las lápidas.

A D I Ó S

Dije adiós a una ventana
pero dejé mi sombra dentro :
por si, un tanto, has de morir.

Dejé el sillón besando el muro ;
mi candado humeando
en tu perfil.
Por si, poco, has de morir.

M U J E R C U Z C O

En tu blusa asoma el desierto
por el Arco de Santa Clara.

En los sarapes : tus montes
con la bruma colgada.

Bambolean tus hombros como árguenas.

Y hay avío gustoso secreto :

en la bruma vainilla
de la pitajaña.

Tus trenzas triscan la espalda.

Y los lagartos cortados

de Puca Pucara :

en los poros grasientos

de las lápidas.

P A R A G U A S

Tosen los paraguas
marcando el aire con digitales huellas.

Como murciélagos se imantan
por los punteros que se vuelan.

La muerte dice Hasta Mañana
bajo los paraguas que se besan.

C A R R E T A

Va el hombro helado y el rojo
entre río y cordillera :
Uno hormigueante de luz
y otro raído de niebla.

Mi cabello a tumbos
va cambiando cabezas :
como un mismo subsuelo
de otras piedras.

No coincide mi sombra
con mi huella,
pero el sol numera unísonas
todas las arenas.

Una genealogía de animales,
en carne blanquinegra,
empujó mi cuarto hacia la bruma
como una tumultuosa cordillera.

Sus pieles iban chapoteadas.
Jadeaba la tierra dentro.
Por los vidrios jadeaban las astas
como reloj acribillando el tiempo.

Parpadeando quedó
el jaspe de las yedras.
Los muros acompasando
una sombra de veleta.

A M I P A D R E (II)

Todavía un viento ronco
está velándome la puerta,
y pone el cuarto más solo
cuando se entra.

Todavía las palabras
que guardaste me desvelan :
El amanecer cortado,
la ventana que aprieta.

Todavía cristalino
estoy soñando entre vendas,
y las sábanas palpitan,
aunque hielan.

Por el viento van tirando
las sogas horizontales.
No debo dormir : no puedo
inmovilizar los mares.

No se asoma la campana.
Sí : la soga deshilándose.
No debo dormir : no puedo
dejar que el pulso se atrase.

No se asoma la campana
y están tañendo los mares.

ARENAS

De

«P O E S Í A S»

-1970-

Soy niño con arena
Un balde llano de precipicios,
que al hablarles se
escondidos.

¿Te acuerdas, padre muerto,
del aroma a damascos
que leímos?

Era el de los arreboles
impresos en el río.

Soy hijo de una arena,
una pala de perfil vacío
revolviendo el antes y el después,
de no haber sido.

A R E N A S

Soy niño con arenas,
Un balde lleno de precipicios,
que al hablarles se vuelan
escondidos.

¿ Te acuerdas, padre muerto,
del aroma a damascos
que leímos ?
Era el de los arreboles
impresos en el río.

Soy hijo de una arena,
una pala de perfil vacío
revolviendo el antes y el después,
de no haber sido.

¿ Te acuerdas la lentitud
de la lluvia en los vidrios ?
Así era la resaca
en los pies infinitos.

Soy niño con arenas
Un baldé lleno de precipicios
que al hablarles se vuelan
escondidos.

¿ Te acuerdas, padre muerto,
del aroma a damascos
que traían ?
Era el de los arbolitos
impresos en el río.

Soy hijo de una arena,
una pala de perfil vacío
revolviendo el antes y el después,
de no haber sido.

Paloma, cierra las alas :
que está volándose el cielo.

Duérmete aleteando, pozo
de mi pecho.

María entre las agujas
busca su paja enhebrada.

Están de ovillo las nubes
y los vientres como parvas.

Rocío, sube a la nieve :
que está la tierra contraria.

Si no te duermes profundo,
no aclara.

C R E O

Creo en lo contradictorio
a mi único ojo dividido.
En la puerta rasgada por sedas,
en el hierro horadado por carne ;
en las bocas con lágrimas
porque los ojos se besan.

Creo que el veloz candado
nos lleva a un claustro de vientos,
donde retrocederemos virginales
hasta morir de nacimiento.

Qué serías mi Dios sí te midiera :
no con ojos llorando sino abiertos.

P L A Z A

El viejo entre las hojas
da una sombra de violín.
Se oye la mejilla del álamo.

Al niño con su cometa
le resbalan las tejas
por los ojos cuadrados.
Se oye la fibra del álamo.

El antiguo surtidor
sigue naciendo y bostezando.
Tic tac de los álamos.

Tu cuello cayó a deshora
como la fucsia del invierno
Cuando el estambre echó raíces
y la corona era un degüello.
Y si muriendo te alcanzara ;
es porque tiemblo.

*Every time I feel the spirit
moving in my heart,
I will pray.*

Cada vez amanece.

Cada vez,

que desvelo aguardando que me llame
desde adentro de mi alma

El que se fue.

El Jordán sigue rugiendo
debajo de la piel.

Si no despierto
volverá.

*And I'll sit in your kingdom
to hear old Jordan run.*

I MAGEN DEL SEÑOR DE MAYO

La balanza de tus brazos
se centró en tu cuello rígido,
sin marcarme la victoria
del ángel o del olivo.

Y si acierto al besarte
es porque te he vendido.

Tu mirada como un músculo
escondido en terciopelo,
va y viene bajo la córnea
timoneando los vientos.

Y si te abro mis brazos
es porque son de espejo.

Tu cuello cayó a deshora
como la fucsia del invierno.

Cuando el estambre echó raíces
y la corona era un degüello.

Y si muriendo te alcanzara ;
es porque tiemblo.

FUNERAL DE OFICINISTA

Está exhausto el teléfono en casa del businessman.

«Sí, señor, a las doce será el funeral»

Son de alambre los tallos de las flores.

Los telegramas llegan por pagar.

Cada vez amanece.

Su frente brilla como los zapatos,

y en los pies le pusieron la corona.

Las velas huelen a quesillo rancio

y le han puesto algodón en la boca.

La esposa piensa ante esas manos tiesas.

«Con dos argollas no podré zurcir»

El vecino no halla donde parquear su auto :

Un cubierto en la mesa habrá que suprimir.

La gotera del baño y las avemarías

repiten subconscientes «Ya es hora de cenar»

El ronco teléfono contesta más débil :

«Si Dios quiere a las once será el funeral».

LISTA CUMPLIDA

De

«ELEGÍA JUBILOSA»

-1977-

Con la perplejidad más despejada,
me enredé en los «se fue» y los «sin embargos»,
y debí asirme a postes muy amargos
pues no caí pero quedé envarada.

Otra lista fragilé en dolor cumplido.
Perdería por tu espalda mis mañanas,
te ganaría sin prisa en sufrimiento.

Y así en los mediodías sin campanas,
Así en la misma esquina, al mismo viento :
yo esperando puntual lo que he perdido.

L I S T A C U M P L I D A

Fue tu espalda. Y pasó tan apurada
que me aventaste el pelo y los encargos.

Miré mi lista : unos borrones largos
marcaron el papel sin decir nada.

Con la perplejidad más despeinada,
me enredé en los «se fue» y los «sin embargos» ;
y debí asirme a postes muy amargos
pues no caí pero quedé envarada.

Otra lista fragüé en dolor cumplido.
Perdería por tu espalda mis mañanas,
te ganaría sin prisa en sufrimiento.

Y así en los mediodías sin campanas.
Así en la misma esquina, al mismo viento :
yo esperando puntual lo que he perdido.

N O S É

No sé si por prudente o mal pensado
me decidí a cuidar sólo el futuro.

Y a usar linterna y a pagar seguro
andando mal comido y tropezado.

No sé si es indigencia con pecado
no ser lirio del campo, rico y puro.

Ir por cercado ajeno, siempre oscuro,
como lerdo roedor deshacendado.

Cauteloso postergo el buen comienzo
y ando a la zaga de un mañana inmenso,
que contenga cuanto huyo y cuanto omito.

Pero del buen final ya no respondo :
si el futuro es el viento en que tiritó
y el presente es la cueva en que me escondo.

L A A U S E N T E (III)

a Judit Montes, en verano.

Con un ruido de acequia me aludía
a cierta olla lejana. Que ahora existe.
Así me preparaste a vivir triste
y a tragar mansamente esta agua fría.

Con un ruido de acequia ella tejía
mangas, tábanos e hijita me tosiste.
Así, ovillando el agua me tuviste
por años. Que aún me pongo todavía.

C caerá nieve en los pinos
y amortajará las piedras.
Como aún no llega tu boca
Es mejor que te duermas.

COMO UN JARRO

Como un jarro, costumbre transparente,
soy en las cenas de la sana gente
y a la vera tictac de algún enfermo.

Con un moño tirante como un asa
que cae despeinado mientras duermo :
como muriendo en paz con lo que pasa.

Cauteloso postergo el buen momento
y ando a la zaga de un mañana inmenso,
que contenga cuanto huyo y cuanto omito.

Pero del buen final yr no respondo
si el futuro es el viento en que urlo
y el presente es la cueva en que me escondo.

VILLANCICO DE MARÍA

Si no te duermes, Dios mío,
va a seguir llorando el viento.
Pero si te duermes, hijo,
sentiré que estás muriendo.

No sé qué pedir : si frío,
para que quedes despierto ;
o sol que mece los trigos
y los deja soñolientos.

Me duele, hijo, que llores,
pero no te duermas, Dios ;
después de beberme al pecho
sólo la crucifixión.

Caerá nieve en los pinos
y amortajará las piedras.
Como aún no llega tu hora :
Es mejor que te duermas.

F E L I Z

Feliz si puedes escoger el pecho
sobre el cual reclinar penas y risas.

Y felices tu pelo y tus cenizas
flotando en los lomajes de algún lecho.

Feliz si acudes a un último techo
creyéndote morir y en mí agonizas.

Feliz si revivido te deslizas
a otro cajón que está al acecho.

Feliz si huyes a esquivar la hora
fantasma ; cuando una sábana llora
como la deshielada cordillera.

Más feliz en tu muerte sin descanso.
Dejando en tantas cimas tu remanso,
para nacer llorando en primavera.

M E N E S T E R E S

Barro con ansiedad, por si encontrara
un poco de piedad : mía conmigo.
O un mendrugo de pan, siendo yo el trigo
doblado al viento : como si amasara.

Refriego hambrientamente una cuchara
que me diera su máximo. Consigo
destrozarme las uñas : pero sigo
persiguiendo con sangre el agua clara.

No sé, mi Dios, qué busco y qué rehúyo :
en tanto menester diverso cuyo
resultado común es descontento.

Restregar lo que el hambre dejó puro,
remecer lo que el tiempo hizo seguro,
y quejarme por nada : como el viento.

De

«BAJO LA PIEL DEL AIRE»

- 1978 -

Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,
con el pecho traspasado por una pastilla de menta.

Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn,
Y las que los artistas dan a las palomas
que se hundirán con Venecia.

Mentas heladas los ojos del Paraíso perdido,
las roxillas enanos del pastor de canciones
y las sienex culidas que pintaron girasoles.

Un collar de mentas partió en dos
a una austríaca-francesa
y de una menta hermafrodita nacieron gemelos
el Príncipe de Dublín y su africana golondrina.

M E N T A

Por esta puerta de servicio,
arrastrándose sobre las negras baldosas,
llegó a dormirse Luther King, anteayer :
Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,
con el pecho traspasado por una pastilla de menta.

Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn.
Y las que los turistas dan a las palomas
que se hundirán con Venecia.

Mentas heladas los ojos del Paraíso perdido,
las rodillas enanas del pintor de cancanes
y las sienas suicidas que pintaron girasoles.

Un collar de mentas partió en dos
a una austríaca-francesa
y de una menta hermafrodita nacieron gemelos
el Príncipe de Dublín y su africana golondrina.

Con treinta mentas heladas
compramos la Salvación : durante otro Imperio.

Y a veces se nubla en el cielo
la Pastilla de Menta.

M A Q U E R O N T E

(*Visita a la Fortaleza de Herodes*)

El viento clama JUAN,
y se inclinan las palmeras.

En la prisión del Bautista alguien insiste
en la roja bandeja, el hacha roja, el vientre al rojo de
Herodías
y las córneas del Rey enrojecidas
como Enrique Octavo llorando a Tomás Moro.

Otro bromea con cañerías que chupen el Jordán,
que enjaulen el Jordán — como al mayor profeta — en
ese calabozo :
convertible en hemorrágica piscina si el río abunda en
calamares.

Y recuerda que en el Sena vio pasar un aborto
justo enfrente a San Miguel, que trataba de expulsar a
los demonios.

Y que las gárgolas de Nuestra Señora también son de
raza pekinesa,
en homenaje al falderillo del Gran Richelieu.

Yo escucho al viento clamando JUAN.

L A E M B A R A Z A D A

Va en pie como inicial de cualquier cosa.

Parece catedral que está en clausura,
con sienes de vitró de luz oscura
por la vela escondida y fervorosa.

Parece árbol deforme de verdura
que da una sombra ardiente y recelosa ;
y que guarda el follaje color rosa
como el coral hundido en la amargura.

Desde el último asiento del tranvía
veo pasar las calles indolentes
y siento soledad de tantas gentes
que ya no me conmueve sólo una.

Va en pie aquella inicial que es tan tardía,
cual menguante creciente de la luna.

M U E R T E E M P A Q U E T A D A

Y que las gárgolas de Nuestra Señora también son de
raza pekinés,

El conductor me ignora. Pero frota el parabrisas
con su gorra que mece despidiendo y saludando.
Yo camino con el vuelto en una mano, y en la otra
el paquete húmedo y seco en invierno y verano.
Cada mañana recibo las envueltas miradas
en una mano. Y en la otra, mi último calendario.

Si un niño se sobresalta es que escuchó al envoltorio
desperezándose como un cuaderno noctámbulo.
Si le miento explicándole que lo asusté casualmente,
ya me descubriría al correr de los años.

Cuando el bus tose hacia dentro, con el estruendo : el
señor
de la revista nota que los puntos se hacen o.
Busca a esta desconocida para ver si tiene cara.
Y mis solapas al viento le contestan que no.

Cuando el bus zangolotea junta las cabelleras,

se intercambian pensamientos, se entresalpican los
charcos.

En mi paquete revuelven chiquillos y funcionarios
en una mano. Y en mi otra yo voy sola de mi mano.

Todos bajan a la niebla al final de sus trayectos
que quizás nunca empezaron.

Se alejan aleteando su pelo entre los pinos
y desaparecen en el paquete helado.

M E L V I E J O C O M E N S A L

(a Miguel Cruchaga Tocornal)

No sé si dio burbujas cuando hervía.

Si había una gota seca en su mirada.

Pensábamos : «Qué mal va su atorada
tos». Y él, carraspeando, desmentía.

Masticaba sabroso y parecía

una tetera humeando, ya apagada.

Acezando nos dio su carcajada :

como sartén quemando su alegría.

Se lo llevaron mozos de una empresa.

Y en su fuente tapada se leía

la inicial de su pie o de su cabeza.

El mantel quedó en calma con su miga,

la cama sin abrir, y aunque él no diga :

su muerte fue una amable sobremesa.

P E S C A D O R E S

A veces vuelven pescadores
con boina niebla en la luna.

Pensando si habrá muerto aquel doble cojín de único
pecho.

Aquellos dobles labios
que debieron ser cinco como las estaciones :
para la lluvia, la parva, el vino verde, la total vendimia
y un otro urgente verano de salitre lechoso.

Vuelven pensando en aquel sutil meñique
que hace burbujas champán : al tantear el ardor de la
plancha.

Y que extrae peines ámbar del almíbar
y polen de caspa de las solapas llorosas.

Vuelven con peces forrados en tejuelas de zinc.
Con párpados postigos a la semipenumbra
y a los flecos suspicaces de los muebles.

Anónimos avanzan.

Hacia las huellas digitales del ínfimo tacto :

de aquel meñique que bruñe las cucharas al alba.

Esponjándose en niebla, avanzan cerro arriba.

Hacia el cataclismo silencioso de las puertas cerradas.

H U M O

El humo se retuerce. Es el mismo humo
que vetea en los mármoles y sanguinolentas reses.
El mismo con que tejen sus quitasoles las arañas
y sus escalas de ángeles los patriarcas que sueñan.

El mismo que agregó una hoja efímera a mis flores
y dejó en el cielo raso
una mancha que pesa.

que ahora falta en la ladera.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo

sup aquel morir inmerso era lo mismo, estafallo

Y que me voy te vas. Nésc yamporé y amín es Y

de calavera.

S É Q U E M E V O Y

Sé que me voy. Me voy retrocediendo
como el salmón que vuelve cuna arriba.

No alcancé nunca al mar, estando viva.

No llegaré a las cumbres, falleciendo.

Sé que te vas, te vas y no queriendo :

como una esponja amarga y fugitiva.

Hasta el fondo del mar con tu saliva,
sobre la arena rosa oscureciendo.

Sé que te vas de mí. Que nada queda :

ni un rastro ni algún sauce que nos pueda
llorar de bruces arañando el río.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca : siendo
que aquel morir inmerso era lo mío.

Y que me voy, te vas. Nos vamos yendo.

EL PERRO CAUTIVO MUY

Olfatea, olfatea
Y se hinca a gemir un poco
el viento en las tejas.

Bocanadas relámpagos
brotan de la chimenea

que anda por el cuarto.

Las veletas contemplan
la cola del gran ciprés
que ahora falta en la ladera.

Olfatea, olfatea.
Y se hinca a gemir un poco
de calavera.

H O Y M E L L A M O M A R Í A

Hoy me llamo María. Y lloro
al no tener imperdibles
ni un antejo con algo de papel secante.
Me siento desplazada por la gata que atiende las
burbujas del agua.
Pero yo también oigo la recóndita lluvia del patio,
mientras preparo postres al hirviente paladar del amor.
Hasta el fondo del mar con resaliva,
Pero llamarse María supone evocar a reinas
decapitadas,
a las que debiéramos decir que el cuello es sólo un
istmo
entre ambición y fraude.
Y supone pensar barcos que descubrieron el trópico y
las serpientes
que lo devoran : Pero van poniendo huevos de baobab.
Supone pensar que el demonio de cabeza aplastada,
sólo puede pensar en mi pie :
después de la Misericordia, que ni él ni yo merecemos.

Entre las estrellas reconozco la difusa firma de la
Virgen

cuando dio su aprobación al firmamento.

Firma que falsifiqué en una noche absoluta.

Cuando decidí llamarme, siquiera por hoy :

María Magdalena y el desierto.

QUIZÁS TE HAS IDO

Quizás te has ido. De esta tiniebla
que azuzan los insectos que parecen callados.
Y yo soy sólo su eco, el universo miedoso
por los secretos aluviones de las potentes hormigas.

Quizás te has ido a oscuras. Y eres la doble ausencia
que al cuarto infunde un fervor de ilocalizable cama.
Y tengo el tacto polvoriento de las palomas nocturnas
que imprimen en el aire sus Miércoles Ceniza.

Pero quizás no te has ido. Y gatea una flor
hacia una de sus tantas metamorfosis.

V E L A

Débil y tosco es tu perfil
delante de una vela,
y ésta rejuvenece al perder esbeltez.

Sólo esa llama entiende tu aliento flautista,
tu acantilado seco,
y tu siamesa sombra
por la que empiezas a morir.

Ahora que se apaga, ¿ a quién recurrirás ?
Vas volcando las sillas que buscas a tientas.
Se te interponen las columnas
para dejarse aplaudir.

A V E N I D A L A P A Z

(a Mercedes Álvarez)

Por fin, tosca Mercedes, te refinas.

Te han puesto en un cajón con indulgencias

y te llevan ; cubierta por hortensias

que plantaste : a la tierra en que terminas.

Por fin sin reumatismo. Y no caminas

arrastrando en pantuflas tus paciencias.

Vas en hombros. Hoy te hacen reverencias

los amos de jardines y cocinas.

Hoy tus flores barriendo las basuras.

Hoy es viernes de feria y no te apuras

que nadie hoy te dirá : te has atrasado.

Por la calle del río y del mercado

al descanso, Mercedes que has comprado,

en tu cesta te vas, entre verduras.

A M A N E C E R

El mismo lápiz que asoma en mi libro
acaban de aplastarlo en la acera.
Al fondo de mi oído alguien prende un cigarrillo
para esquivar respuestas que queman mi otro oído.
El barquillero ofrece palillos de Penélope
y el carretón de frutas serpientes entrañables.
Cuando abro el balcón para aventar un canto
mi huérfano guante oye el piano vecino.

LA VI INCLINADA SIEMPRE Y CORDILLERA

(a Judit Montes de Yrarrázaval)

La vi inclinada siempre y cordillera
con su perfil vertiente en la costura,
con cascadas de lienzos y una oscura
nevazón empozándose en la ojera.

Su sombra rechinaba. Su brazo era
un molino de enérgica ternura.
De la máquina hundida en su cintura
surgía el sol, el pajar, la hacienda entera.

Entreabriendo las hojas, tintineaba
el hilo, que en su boca humedecía,
y que en torrente se precipitaba.

Al fondo de sus ojos el ovillo
iba empequeñeciéndose y crecía
el horizonte de su dobladillo.

E L N Ú M E R O

Tuve una libreta y la perdí.

Recuerdo un número que no recuerdo

si era del carné (antes de expatriarme)

o del pasaporte del regreso,

o el sonsonete de tal lluvia, de tal día, de tal invierno.

Suele escapárseme y preguntan : «¿ Qué dices ?»

«Un número», contesto, «un número huérfano».

Y abro el balcón para que oigan cómo está lloviendo.

A veces, frívola, lo marco al teléfono,

y la mujer que dice «equivocado», me da miedo.

No estaba en la libreta que perdí

sino en la que no encuentro.

Hoy me asomo al balcón. Sólo atino a exclamar:

«¡ Padre ! ¡ Ochocientoscincuentitresmilcuatrocientos !»

EL SORDO EN LA FIESTA

Miras las carcajadas,
las ves pasar de labio a boca.
Ves pasar sus rojos círculos pareciéndose a beso.
Y *corre anillo*, como antaño. Y el rancio piano marfil
callando en tu hueso.

Hueles la rumba. La doca arenal
se te resbala sin cansancio.

Porque estás preso en tu cigarro
y en tu saliva de yeso.

Miras las copas secreteándose.

Y *un dos tres creo por vos*

y brindo por ti :

si así es la vida.

Ahora ves por los visillos
más turbias las carcajadas.

Será que después de muertos
comienza el *juego a la escondida*.

L A D E S P E D I D A

Se quedó en blanco aquella despedida.

Tan camisa su pecho, tan pañuelo
mi pena. Apenas ocre estaba el suelo
con la arena vidriosa contenida.

Yo alcé la mano presumiendo vida
y hubo un guante de adiós y un viudo velo.
Sonreía el maíz, pero en el cielo
los pájaros graznaban a escondida.

Y me dije «el verano ha terminado
sin buitres y sin carne que decida
entre el ser soledad o el ser bocado».

Pero él ya sabe cuánto estoy callando,
y cómo, el pelo se encanece, cuando
tanta camisa en blanco es una vida.

lágrimas.

Pero hoy se alejan y nada nos lloran sin sacar nada.

El humo en el aire es aire. La luna, gris porcelana.

A U S E N T E

(*sin Judit en Pomaire*)

Oficiaba de nube en el verano.

Baldeaba el agua sobre el piso hirviente.

Hizo oleajes su paso. Era un torrente
de algas azules su lluviosa mano.

Se esfumaba de noche. Y muy temprano
volvía a pasar su brisa por mi frente.

Por el postigo hostil, furtivamente
me daba el olor limpio del manzano.

Y baldeando el calor se sonreía,
entre caldos y zumos con abejas
que burbujearan en el mediodía.

Se quedó el balde en un rincón oyendo
el grifo entrecortado y el estruendo
de manzanas rodando por las tejas.

El plato con cenizas y la luna de hojas grises
separan los dos perfiles. Está cantando la rana.
Él diría que es tartamuda y ella que está acatarrada.
Alguien debiera explicar que a ellos no les queda nada :
sólo el humo hacia la luna que se borra o se causa.

Los dos perfiles coinciden en las colillas que apagan
y en el acezar callado : mientras canta la rana.

Cuando en el viento golpea su ruido bisagra
y él no dice «volveré», ni ella dice «no te vayas».

Y nadie debe decir por qué la vida es tan rara
que acepta el hacerse humo sólo para ser llorada.

Sonríen el plato y la luna antes de darse la espalda.

Hará frío en los caminos. Pero canta la rana
entre las hojas grises y al fondo de las entrañas.

Antes, él diría «qué injusto» y ella bromearía con
lágrimas.

Pero hoy se alejan y nada que lloran sin sacar nada.

El humo en el aire es aire. La luna, gris porcelana.

A L F O M B R A

Esa alfombra floreada y sin rocío
no conoce la trama de sus hechos.
Ni subterráneos ni altos entretechos.
Tan sólo la cortina husmeando el río.

A la alfombra le da un escalofrío
el viento al ras y el vilo de los techos.
Las pelusas que vuelan de los lechos
le causan un relámpago sombrío.

Si sacudo la alfombra de mañana,
se hunde la yedra y salta en la ventana
el verde azogue de las lagartijas.

Si me invade y me aplasta el desaliento,
salgo al balcón a sacudirme y siento
que las resecas flores están fijas.

EL ÍCONO DE LA VIRGEN DE WLADIMIR

Miras con pena. ¿ Será hoy mi cumpleaños ?

Al reloj le arrancaste el Niño paloma
que sólo anuncia las medias y cuartos.

Sujeto del asa sostienes al Niño
que guarda el azúcar de los solitarios.

No es Pascua y lo tienes de abeto nevado :
por si creo en campanas que se equivocaron.

Quizás en tu mano tienes un recado.

Pero no lo muestres, que se cae el Niño
con que sacas agua del pozo lejano.

Ay, dame el recado. Y si el Niño llora
será mi cumpleaños.

Sólo el perro yacente conserva su estatura, uniformado en fiera dormida. La pata de Nelson rasca suave la isla Santa Elena. La baba de Calígula asoma plácida en las comisuras de Rommel. La espalda del Mariscal Foch avanza lento en hombros de los inválidos. Y la Historia no registra aquellas póstumas reconciliaciones. Ni cuenta cómo se jibariza la vida.

Sólo el perro mantiene su platónico esqueleto. Se incorpora con la confianza incauta de los pacifistas. Gandhi tiene un tiritón en el lomo. Buda una ruleta sin cifras en el vientre. La radio toca el Concierto para Teclas Negras. El velludo mármol de Lincoln reconoce la tos de Chopin, y el ocaso anaranjado de Mallorca. Y la Historia no alude a esos compromisos, entre estatuas que no se conocieron ni se defraudaron. Y que transmitieron su misión fraternal por medio de moscas que intercambian encargos entre los cadáveres y los vasos de leche.

La cola de la báltica sirena intenta espantar las focas que aún desean la espuma de Ulises. Los mostachos de la Mezquita Azul resplandecen impalpables como la cítara de David, antes que él naciera. Y la Historia no explica que hay héroes a medio evolucionar y que ya provocan ternuras teologales. Que aprenden a ladrar Aleluya con las olas.

T R E N E S

He pasado la vida viendo irse las gentes
y quedar los pasillos y volverse los trenes.
He cerrado el balcón y he enfundado los muebles
cada vez que se van los que quedan presentes.

Como las realidades no son satisfactorias
las compenso invitando a gentes ingeniosas,
y mi risa me suena a un grito de gaviotas
cuando parten mecidos por las últimas copas.

Voy pasando la vida como quedan los puentes,
remecidos por siglos pero inmóviles siempre,
empezando en la orilla de los sauzales verdes
y siguiendo en el humo que dejaron los trenes.

De

«OTRO CANTAR»

-1980-

Llorando más, nuestras arcas
más alzas alcanzarán.
Del Ararat por lo menos,
será un Monte de Piedad.
Ya que siempre rondó afuera
el cuervo del Nunca Más.

Van conmigo unas especies
de infinito temporal,
como parejas de penas
pariendo otra gota impar.

Llorando más, nuestras arcas
más alzas alcanzarán.

Y el Ararat por lo menos,
será un Monte de Piedad.

Ya que siempre rondó afuera
el cuervo del Nunca Más.

U Ñ A S

Yo sé por estas uñas trasnochadas
que tu hombro sueña con que yo lo he herido.
Tú sabes que en mi tierra no ha llovido :
si en barómetro, allá, ves marejadas.

Que tu impermeable calla a campanadas,
dice el viento en las torres del silbido.
Que anda hueco y espeso este vestido :
ya lo ves por la bruma en las calzadas.

A L D E S P E D I R T E

Al despedirte le dirás «no llores».

Dijiste al conocerle «mucho gusto».

Y entre tanto fue todo dicha y susto :

como ocurre entre tallos que dan flores.

Ya el otoño arrasó con los verdores.

Y duró mi estación también lo justo.

Y las hojas del bosque más robusto

más le abonan los próximos rubores.

Caminabas ya muerto como tantas estatuas.
Aún quedaba una plaza, y una pila de pie.
Remecían tus toses las concretas corbatas.
Un reloj se acordaba de una torre de ayer.

El Retiro inminente aflojó de las ramas
cuanto obstruía el acceso en la Puerta de Alcalá.
Si es que entraste, primero iban esas espaldas
que sentadas dejaste en tu Cena Final.

En la escala arribista de un hotel ascendías,
en algunos conceptos, alfombrado Dalí.
Los delfines del Bosco, más que ver la Gran Vía,
hoy observan si enciende tu ventana en el Ritz.

Al andar barajabas esas hojas burguesas
que quedaron pintadas por tu pie peculiar.
El otoño ahora lanza inverosímiles muecas.
Y se ruboriza San Jerónimo el Real.

HAMBRES DEL JESUITA ALBERTO HURTADO

Por suprimir una boca
dejó desaparecida
aquella sonrisa poca,
que casi fue una comida.
Ya ni una campana toca.
También fue compartida.

Los niños lloran, rompen los platos
Las mujeres los peinan con los dedos
prende el santo y seña de una flor.

LA PIETÁ EN LA TEMPESTAD

Entre que trinan los truenos
y que lloran los Pedrazos,
ves alumbramientos llenos
de estrepitosos fracasos.

Tú, sola con cuatro brazos
que van remando serenos.

Entre olas de desenfrenos
que vuelven como rechazos,
los que tuviste por buenos
se te caen a pedazos.

Llevas pendientes dos pasos
que dar de más y de menos.

Y eres un mar de regazos
de albos mármoles morenos.

Y se ruboriza San Jerónimo el Real.

MICROBÚS PILA CEMENTERIO

Entre anónimas sombras voy parada
a tropezón de suelas y de esquinas.
Bultos óseos y flores anodinas
en un mismo cajón van a la nada.

Es verano en la micro transpirada
y es invierno en las calles submarinas.
Entre la lluvia veo, a unas vecinas
esquivando la puerta de llegada.

Con pies que ríen y con rostro serio,
nos vamos en bus Pila al Cementerio ;
sobre las ruedas de lluvioso humor.

Los niños lloran, rompen los pasajes.
Las mujeres los peinan, y trajes
prenden el santo y seña de una flor.

C E L O S

Bajo un árbol ayer riéndote a oscuras
se te escapó otro nombre, otra cereza
se reventó en la hierba, que ya empieza
a encharcarse de púrpura verdura.

Sobre otoños que son roja basura
fue crujendo mi risa que regresa.
Y mi tristeza también sabía a fresa.

Y burbujeó otra tapa de cerveza
bajo un árbol ayer riéndote a oscuras.

LA FLOR DE LA PLUMA

De

En la «ANTOLOGÍA BREVE»

las trasnochadas flores de la pluma

y le agregan dolores de cabeza

de tejados morados, por docenas.

En sus ojeras todo se perfuma,

salvo mis develadas azucenas.

LA FLOR DE LA PLUMA

De

En la escala de palos ponen penas
las trasnochadas flores de la pluma
y le agregan dolores a una suma
de tejados morados, por docenas.
En sus ojeras todo se perfuma,
salvo mis develadas azucenas.

TRANSEÚNTES

Ninguno regresa de aquella avenida,
pisando en las hojas de un diario de vida.

No es broma la bruma ni el quiosco la esquina
si hay alguien adentro tejiendo neblina.

De

« SOBREMUNDO »

- 1985 -

Con sus bailes en carnes costeó trajes
a los hijos de nadie, Josephine.

Como un cuervo sacábase albas plumas
al ritmo del vestir con desvestir.

Cuando el cáncor bailaba entre las copas,
el Sena se blanqueaba con el Rhin.

Al caerse la Torre en las tulipas,
marchitó hasta las Islas de San Luis.

Por siempre neverán aquellas plumas
que se puso de más la Emperatriz.

Por siempre mecerán aquellas olas
que jamás engendraron un Deifin.

Mientras siga bailando en los subterreos
aquel tierno y procaz ferrocarril,

cuya Danza del Vientre va repleta
con huérfanos del Vientre de París.

NIEVES DE JOSEPHINE BAKER

(en el aniversario de su fundación para huérfanos)

Con sus bailes en carnes costeó trajes
a los hijos de nadie, Josephine.

Como un cuervo sacábase albas plumas
al ritmo del vestir con desvestir.

Cuando el cáncer bailaba entre las copas,
el Sena se blanqueaba con el Rhin.

Al caerse la Torre en las tulipas,
marchitó hasta las Islas de San Luis.

Por siempre nevarán aquellas plumas
que se puso de más la Emperatriz.

Por siempre mecerán aquellas olas
que jamás engendraron un Delfín.

Mientras siga bailando en los subsuelos
aquel tierno y procaz ferrocarril,

cuya Danza del Vientre va repleta
con huérfanos del Vientre de París.

A L V A I V É N D E M I S I L L A

En ese espejo victoriano
veo mi suelo movedizo.
Se escucha un péndulo pajizo
entre un silencio de pantano.

Me voy muriendo con desgano,
se va alejando el pasadizo.
Con un azogue escurridizo,
viví en un marco puritano.

Clavado cuelga y no descansa
el crucifijo que suspira.
Me hizo a su propia semejanza
pero se apena si me mira.
Cierro los ojos y aunque expira :
vuelve a subirme en su balanza.

CONTEMPLACIÓN DE UNA SIESTA

(Así gemían pastores
moviendo apenas los labios.)
Bajo esos techos como carnes vivas
hoy percibo unas penas alquiladas.
Una pajiza cruz para un lecho divino.
Un apático espejo frente de una manzana.
Y zumbando unos números bajan.
Aunque ignoran de quién es la carroña,
y si chupan, o inyectan o son grises.

Veo dormir al hombre sucedáneo
de un vacío que cruje en su escalera.
El traje de chatarra en una silla
ve soñar a aquel hombre pasadizo
con su sombra que no requiere puertas.

Un tictac sobre el mármol es el pulso
de alguna mano desollada de una manga.
Y la cruz como araña va girando en el muro.
Como un norte que sigue la inquietud de la cama.

VILLANCICO DE LOS PASTORES

Árboles que estáis de bodas,
de nieve enteros bordados,
decid cuán grande será
el que esperáis miles de años.

(Así cantaban pastores
con un cordero en los brazos.)

Charcas que mecéis estrellas
que permanecen en aires,
decidnos dónde hallaremos
la luz que se ha hecho carne.

(Así silbaban pastores
con sus cabellos volándose.)

Roja greda que en la nieve
se asoma como un coágulo,
decidnos por cuántos siglos
tendrá Él abierto el costado.

(Así gemían pastores
moviendo apenas los labios.)

Lago azul que rebozaste
con la espuma que se vuela,
no nos pidáis que esperemos
que con las lluvias Él vuelva.

(Se durmieron los pastores
entre vellones de niebla.)

Si hay balcones para todos
los que van al vendaval.
Si vacías golondrinas,
esas sí, que volverán.
Si el cochero es siempre el mismo :
si lo miramos de atrás.
Iré en cortejo siguiente
de un anterior funeral.
Los caballos ensayados
ya saben a dónde van.
La vara del trote sólo
medirá la soledad.
El tallo de la azucena
al menos fue vertical.

Roja greda que en la nieve
se asoma como un coágulo,
decidnos por cuántos siglos
tendrá el abierto el costado.

ROMERÍA DEL DOS DE NOVIEMBRE

En un bus vamos buceando
el balbucear de una lluvia.
Llevando flores de dudas
para un mudo aniversario.

Tienen pétalos grasientos
los muertos que hay en mis manos.
De un lado un pino nevado
del otro un ciprés en blanco.

En el bus van cabeceando
los girasoles cansados.
Llueven puntos suspensivos
que se van amontonando.

E L A S C E N S O R

Yo vi un vidrio en cada piso
y tras él siempre un señor
que, vez que subirse quiso :
ya bajaba el sinsabor.

En cada planta cortada
le vi que hallaba un botón.
Y de abajo su mirada,
impulsando la ascensión.

En la parada novena
le vi un pálido color
y, en vez del botón que suena,
le vi una callada flor.

Él contaba sus sin cuenta
zozobras, igual que yo,
cuando puso el piso en venta
y este vidrio se empañó.

Dije al reflejo : «Si entraras
seguiríamos los dos».

Y vi que entre varias caras
una sola me hizo adiós.

A LA ACTUAL POESÍA ISRAELÍ

«Yo te agradezco, Abraham Jalfi, tu bondad, porque te has acordado de mí.»

Y a ti, Anadad Eldan, por mostrarnos : «La vastedad de tu Tierra que asciende».

Yo te agradezco, Tuvia Rubner, porque viste la nube situada como lluvia sobre nuestro templo humano.

Y a ti, Abraham Shlonsky, porque en tus versos convertiste «el agua fría de un pozo» : en un vino que entibia el paladar.

A ti recurro, Raquel Blaustein, porque a ambas, «el viento del desierto con su velo nos llama».

Y a ti, Lea Goldberg, van buscando mis manos de muerta que «tocan la noche» sin saber hasta cuándo . . .

En tu estatua de Apolo, Saúl Chernijóvsky, reconozco el esqueleto de una común humanidad.

En tus «amapolas llameantes» con chispas que adormecen contemplo, Zalman Schneur, el «viento soplador».

Tienes razón, Shin Shalom, que «las escalas son oscuras», mas . . . ¿ qué importa que bajen de mañana : si por la noche suben ?

Y si contigo rezo, Natán Alterman, «Mi Dios ¡ jamás me quites mi melancolía !».

Aunque sabemos por ti, Yehuda Amijai que «una mitad de los hombres odian» a medias a su única teológica mitad . . .

Mi hermano también quedó en silencio, Amir Guilboa «mientras su sangre desde la tierra clama».

Mientras «los pájaros ignoran», Uri Zvi Grinberg, «quién les cortaba el ala» indivisible.

Cuando llegue aquel día, Jaim Najam Bialik, de tus versos que «soplan tempestad».

Cada cual y también tú lloviendo Bat Miriam, estaremos «radiantes de llanto», de jugo fluvial.

Y comprobaremos que fuimos agua de un pozo por tus
versos de piedra, David Rokeaf que previste aquel
hielo que calentaba el corazón.

Aarón Amir, aunque «termine todo» lo que tu nombre
patriarca nos ha dado a beber, alegrémonos con la
visita de Israel Efrat si «todo el aire chispeaba de
lágrimas».

Y si la babélica Torre de Dan Pagis aún continúa
«como corriente de aire».

Yo te agradezco, T. Carmi, por hablar del momento
«en que el mar le dijo : sí a la luna».

Y a ti, Avner Trainin, que das fe en que «nadie mata a
un cabrito para enrojar sus ropas».

Tú me conmueves, Rina Shani, con tu mano que ha
optado «por ser ala, si no podías pelear»

Tú me estremeces, Dalia Ravikovitz, como una
Magdalena que escanció una bebida para el
amoroso despertar.

Por ti jamás lloraré, Ayin Hillel, si tú lloraste de amor
por «un caído».

De

«LA NOCHE DEL GIRASOL»

- 2000 -

Yoigo rias balles
según sean las fases de la luna.

Mi sombra en cuatro pies parece cuna
llena de rosagantes raras muertas.
Hojas de alcantarillas entreabiertas
le emergen como cascadas de hambreada.

El reloj de la torre mal herido
nos gorica gravidos y se parte
de la base que no lo hemos oído.

Va entre árboles un tronco repetido.
Pisoteando el otoño que reparte :
como un gaje de oficio de gemido.

S O Y P O C O E N L A C I U D A D

Soy poco en la ciudad. Soy menos que una
bocacalle callando entre mil puertas.

Y oigo risas ballenas o desiertas
según sean las fases de la luna.

Mi sombra en cuatro pies parece cuna,
llena de rozagantes ramas muertas.

Hojas de alcantarillas entreabiertas
le emergen como cáscaras de hambruna.

El reloj de la torre mal herido,
nos gorjea graznidos y se parte
de la base que no lo hemos oído.

Va entre árboles mi tronco repetido.
Pisoteando el otoño que reparte :
como un gaje de oficio de gemido.

A MI VECINO JORGE PACHECO MATTE

Por las noches veía tu cabeza inclinada
sin saber hasta dónde su tristeza era mía.
Yo entreabría la ventana por si acaso me hablabas :
Y era lluvia no más que caía.

De mañana optimista me invitabas al centro
al cual nunca llegamos mientras hemos vivido
y subías el vidrio atajando la lluvia
que acabó con tu risa cuando aún eras niño.

Tus ruedas generosas salpicando lo oscuro
han partido a un recado que ha aliviado una pena.
Y si fuiste a prestar un servicio sin vuelta.
Dios te entiende más cuanto menos te entiendan.

MES DE MARÍA

No sabes, Inmaculada
con anteojera de flores
que a tu espalda está trizada
la Virgen de los Dolores
completamente morada
entre dos ventiladores.

En el mes de los olores
de ultratumba perfumada,
no me olvides — ni me llores —
mi Fragante Evaporada.

LA VENUS DE MILO

Vez que el Museo apagaron
sólo ella quedó encendida.

Sin brazos de candelabro
su faro de Alejandría.

Era por fuera de mármol
y por dentro carne viva.

De un libro
Hermana, no uses
que esta niebla *en preparación*
hasta la última parada.

No saigas, padre, a deshora
que una niebla de armas blancas
anda con velo de novia.

Ninguna campana dobla
la mano de la navaja
aunque se mueva una hoja.

Esposa, ponte mi argolla
en esa izquierda golpeada
con tiznes de cacerolas.

JOSÉ MANUEL PARADA

Hermana, no uses mi manta
que esta muerte es contagiosa
hasta la última parada.

No salgas, padre, a deshora
que una niebla de armas blancas
anda con velo de novia.

Ninguna campana dobla
la mano de la navaja
aunque se mueva una hoja.

Esposa, ponte mi argolla
en esa izquierda golpeada
con tiznes de cacerolas.

YA NO HAY TÉ

Está lloviendo lenta lencería
y yo sigo llorando noche y día,
a cuestras con paraguas y ropero.
Pensar que el té acabó y que todavía
parece té remoto el aguacero.

SALÓN DE BELLEZA

Para ordenar mi propio rascacielo
fui a un subterráneo con peluquería.

Con su escoba la Muerte iba y venía.
Los pelambres quedaban por el suelo.

Me vi en el lavatorio lisa y llana.
Y en purgatorio al rojo cual manzana
consultando un horóscopo quemado.

Mas la hora llegó. Toda la pieza
se inundó con el sol que era dorado
cual no pudo soñarlo una cabeza.

OTROS PRÓLOGOS

ESTAS VISIONES, que se abren en los infinitos rostros ocultos de la realidad, se abren en la medida que los objetos y cosas desprenden cuando se los atraviesa con la mirada de la verdadera poesía. De allí la naturaleza que experimentará el lector cuando lea *Ramas sin fondo*. Los seres y las cosas se nos aparecen como atomizados, vistos mediante unos ojos por los cuales no ha pasado el tiempo: pinceladas de pesadilla, formas extrañas que se funden, de manera insólita, en formas descantadas, mientras la función normal de la palabra se muestra despojada de su primitivo significado, cesan las relaciones de tiempo y lugar. Y así es el camino de toda poesía que responde a la realidad oculta de nuestro mundo, puesto que el mundo, por mucho que se acerque al mundo real o haya tomado de él sus materiales, es una realidad propia que responde a sus propias leyes, y dentro de esas leyes realiza la función de convocar esos abisnos — los breves y los malos abisnos — que todos llevamos dentro.

El permanente deseo de trascender su condición humana — no aguijón de el salto que anhelada —, y el sentirse como sujeto en esa misma condición que, de alguna manera, le impide dar el gran salto a lo eterno — con una piedra al fondo de mi vuelo —, constituyen las dos ocultas que estructuran el sentido de esta poesía. Penetramos en un mundo donde está sometido a la esperanza de ese deseo. Cuando se nos muestra algún mundo real como una isla, o cuando se nos coloca ante un árbol, o cuando se nos detiene frente a un guante abandonado, su palabra transmite la realidad oculta, y nos hallamos no frente a una isla, un árbol o un guante, sino ante otra realidad, la cual funciona de otra manera que nuestra realidad y,

Prólogo a "RAMAS SIN FONDO", 1967

ESTAS VISIONES de Rosa Cruchaga de Walker nos muestran los infinitos rostros ocultos que todo hombre posee, y esa como propiedad radiactiva que los objetos y cosas desprenden cuando se los atraviesa con la mirada de la verdadera poesía. De allí la extrañeza que experimentará el lector cuando lea *Ramas sin fondo*. Los seres y las cosas se nos aparecen como atomizados, vistos mediante unos ojos por los cuales no ha pasado el tiempo: paisajes de pesadilla; formas extrañas que se funden, de manera insólita, en formas desconocidas, mientras la función normal de la palabra se muestra despojada de su primitivo significado, rotas las relaciones de tiempo y lugar. Y ése es el camino de toda poesía que responda a la realidad oculta de nuestro mundo, puesto que el poema, por mucho que se acerque al mundo real o haya tomado de él sus materiales, es una realidad propia que responde a sus propias leyes, y dentro de esas leyes realiza la función de conmover esos abismos — los buenos y los malos abismos — que todos llevamos adentro.

El permanente deseo de trascender su condición humana — su agua plena da el salto que anonada —, y el sentirse como sujeta en esa misma condición que, de alguna manera, le impide dar el gran salto a lo eterno — con una piedra al fondo de mi vuelo —, constituyen las dos orillas que estructuran el sentido de esta poesía. Penetramos en un mundo donde todo está sometido a la esperanza de ese deseo. Cuando se nos muestra algo tan real como una isla, o cuando se nos coloca ante un árbol, o cuando se nos detiene frente a un guante abandonado, su palabra transmuta la realidad cotidiana, y nos hallamos no frente a una isla, un árbol o un guante, sino ante otra realidad, la cual funciona de otra manera que nuestra realidad y,

sin embargo, nos conmueve. Tal ocurre, por ejemplo, con “Isla Trinidad”, “Jazmines”, “El guante olvidado” o “La jarra”: este último despierta ese oscuro temblor de misterio que, a veces, logramos coger en la vida y que sólo la virtud de la auténtica poesía es capaz de retener en la palabra.

Surge de estos poemas un mundo oscuro, dramático, no llevado a su colmo, en ciertas ocasiones, pues la forma parece romperse por el ímpetu que la empuja. Ni nos empalaga la cursilería, ni asistimos a los eternos monólogos llorosos con los que tantas poetisas sudamericanas nos confiesan sus frustrados amores. El lector viajará a través de este libro para sentir, al final del viaje y a través de resplandores de oscuridad, el sonido y la luz de un manantial desde el cual brota, con intensidad y desolación de desierto, el agua de la poesía.

MIGUEL ARTECHE

16 de diciembre de 1998.

N O N C O N F U N D A R

Prólogo a la segunda edición de "Bajo la Piel del Aire"

AGRADEZCO a esta escritura que me ha hecho penetrarme, serenarme, concentrarme dentro de mí mismo, sumergirme bajo la piel del aire.

¡Qué búsqueda, qué anhelante y auténtica búsqueda supone este ejercicio de amar ("ni ya tengo otro oficio,/ que ya solo en amar es mi ejercicio")! Podría decir que es búsqueda del rostro, del perfil ("busca su perfil seguro,/ y el sueño lo desorienta"), de la cara, del semblante... Y diría poco, o fuera sesgado. En este discurso que busca totalidades, en que no es suficiente la piel de las superficies, se rescata la otra faz de la luna; inmersión a fondo bajo la piel del aire, con lúcida faena de in-tuición poética (*intueri*), del mirar adentro, en misión radiográfica que todo lo transpasa, en visiones oblicuas y penetraciones de la más "interior bodega". Y diría poco, casi nada, porque no bastan aquí aspectos efímeros (cara), ni apariencias transitorias (semblante), ni ocasionales esbozos (silueta), ni contornos exteriores (fisonomía), ni bordes laterales (perfil), aunque de todo eso hay.

Pureza del rasgo distintivo, en larga persecución logrado, es lo que aquí late, logro de la figura, en dolorosa individuación; único y legítimo rostro que no se ve, es lo que aquí se alcanza. Como aquel *por fin* «Locución adverbial que expresa con cierto énfasis el término de una situación de espera», dice el Diccionario oficial. Con mucho énfasis, afirmo yo, glorioso suena ese término/ inicio de la Mercedes, que *por fin* se refina con su rostro definitivo. ¡Por fin!

Por fin, tosca Mercedes te refinas.

Por fin sin reumatismo. (...)

(Avenida La Paz)

Compendio de todos los *por fines* en que esta tosca humanidad, por fin, por fin. . . se habrá de refinar.

Libro neumático este de debajo del aire. Libro de traslaciones, de voces no confusas de coincidencias tan emblemáticamente planificadas, de cifras enigmáticas, como aquella del “Ochocientoscincuentraytresmilcuatrocientos” (*El número*) y es mejor abrir el balcón “para que oigan cómo está lloviendo”.

¡Cómo te sumerges, Rosa Cruchaga! En esa espléndida pastilla de menta que “a veces se nubla en el cielo” (*Menta*), y con ella la de Marilyn, Luther King, y los turistas de Venecia, y Toulouse - Lautrec y Van Gogh, y la austriaca-francesa degollada del “collar de menta” y las treinta mentas heladas con que “compramos la Salvación”. ¡Cómo distingues, cómo tiñes, cómo marcas con rasgos distintivos inconfundibles! ¡Qué ir y venir, ascender y descender en el oleaje incesante de *Esas playas!* Al blanco lustral de las pastillas de menta le sucede el amarillo etimológico (“*amapola amarilla*”) en secreción amarga:

Qué será de esas salmueras
con que tú, a ti, te perseguías.

¡Cómo plasmas, cómo configuras esa historia de “barroso horizonte” con la contrafigura de su rostro velado, apenas entrevisto en el paño de la Magdalena! Y reconstruyes esa esfera, completa única en que se constituye el sentido en su integralidad: “bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie”.

Porque en esta historia se entrecruzan todos los semblantes. Marilyn con Luther King, "las rodillas enanas" con "las sienas suicidas". Todo es conjunción, eclipse, contrasombra. El Bautista y Tomás Moro en *Maqueronte* y "las gárgolas de Nuestra Señora". El viento tiene que clamar, como la voz del desierto, en estas páginas aeróbicas mayores.

El viento clama Juan,
Y se inclinan las palmeras.

¡Qué agudo desamparo en el tranvía, en el bus, en cualquier sitio!
No importa quien sea la mujer simplemente:

Va en pie como inicial de cualquier cosa

O

Va en pie como inicial que es también mía,
de catedral y de árbol y de luna.

(*La embarazada*)

Esa mujer "va en pie" cruzando calles, portadora dolorosa, ostensorio y viril. Dolorosa en soledad, catedral que va procesionalmente en pie.

El transcurrir fluye, no solo, por esas playas; también por estos espacios de microcosmos, en los buses (*La embarazada, Muerte empaquetada*), en los féretros (*Avenida La Paz*), en los trenes:

Voy pasando la vida como quedan los puentes,
remecidos por siglos pero inmóviles siempre

(*Trenes*)

Remecido queda el espectáculo superior, emblema del pasar, trayecto-trayectoria y peripecia, lo que ocurre per i, en el Camino, en la Avenida La Paz, viaje odiseico en dimensión de capilla. Fugacidad del irse yendo.

Todos bajan a la niebla al final de sus trayectos
que quizás nunca empezaron.

(*Muerte empaquetada*)

Y así se va horadando de rutas subterráneas el subsuelo, bajo la piel
del aire. Versos mágicos, incrustados en sí mismos, como ecuaciones en
perplejidad, tan cabales como estos:

En mi paquete revuelven chiquillos y funcionarios
en mi mano. Y en mi otra yo voy sola de mi mano.

(*Muerte empaquetado*)

“Y en mi otra yo voy sola de mi mano”. Aquí se funden el *yo* con el
ella. Y en la búsqueda de los trazos esenciales, rostro, el señor de la revista
“Busca a esta desconocida para ver si tiene cara”, que es lo único que se nos
podrá buscar en aquel día (*dies illa*) para no ser confundidos

Penetrante chispa, concentración lírica del instante es la precarie-
dad de *El viejo comensal*, uno de los siete sonetos exactos de la obra. Rasgos
escueto en un verso escueto: “No sé si dio burbujas cuando hervía”. ¡Qué
hálito, qué palidez de postrimerías en esas salidas de gerundio: *carraspean-
do, humeando acezando* se iba, con explosiones de fisiología crepuscular.
Y esa ausencia:

El mantel quedó en calma con su miga,
la cama sin abrir, (...)

No es azaroso el que le siga la marcha, la vuelta de los pescadores
ascendentes que, “avanzan cerro arriba” (*Pescadores*).

Los primeros versos de un poema son siempre pórtico y tienen su propia semiótica, como que pueden hacer de títulos. Independientes de encabalgamientos y contextos, que sí valen en otros recorridos, son a veces frontispicios antológicos. Se dan mucho los cabos iniciales, certeros hallazgos, en esta obra. ¡Cómo se asientan en sí mismos!

“Ayer murió una fotografía” (*La diva ha muerto*). “Va en pie como inicial de cualquier cosa” (*La embarazada*) “No sé si dio burbujas cuando hervía” (*El viejo comensal*). “Sé que me voy. Me voy retrocediendo” (*Sé que me voy*). “Por fin, tosca Mercedes, te refinas” (*Avenida La Paz*). “La vi inclinada siempre y cordillera” (*La vi inclinada siempre y cordillera*) “Oficiaba de nube en el verano” (*Ausente*).

“Ayer murió una fotografía”. Es el primer verso de *La diva ha muerto*, uno de los cuatro poemas que, siempre a nombre de mujer, van con dedicatoria. En perspectiva de periódico, se establece la disponibilidad existencial de esa trágica de la ópera, María Callas, con su escote señero, abierto en V, con la de Verdi, y central en los senos de La Traviata, o en Valeria, Verónica o Violeta y... en Violante, que Rosa no necesita llamarse, para producir ella misma sonetos incomparables. A los diarios y revistas les basta con ese “ha dejado de cantar”; a Rosa, no. Porque de esa mujer de tipografías fugaces

Jamás los diarios explicaron en qué loción se impregnaba
para no llorar cuando florecen los cerezos

Esa loción en que se impregnaba era su auténtico semblante. También en soledad, como la mancha en el cielo raso es ojos abiertos, desvelo y vigilia. Es “una mancha que pesa” (*Humo*) en el insomnio (espacio/ tiempo que permite las translúcidas galerías interiores). Y yo estoy tendida sola, de Safo.

Casi una conjugación lírica del verbo “irse”, postulo para este aspecto verbal continuativo, de “nuestras vidas son los ríos” en contratexto, el irse yendo como las hojas en el torrente, de este soneto preciso, *Sé que me voy*. Si es conclusivo ese saber lúcido, “yo nunca llegué al mar”. Poema de altas cumbres, el irse mío, el tuyo, el nuestro, en experiencia continuativa y con destello agonizante:

Hasta el fondo del mar con tu saliva,
sobre la arena rosa oscureciendo.

¡Grande escultura, dirían los antiguos, para el mármol! Para la diáfana y cotidiana inquietud, digo yo, bajo la piel del aire. Arrastrados por el tiempo (hasta que... por fin, ya no nos atrasemos, como la tosca Mercedes) y aunque sepa, con el cerebro de la fe — racionalidad de médula —, que pertenezco a, y estoy inscrito en, el final del movimiento.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo
que aquel morir inmerso era lo mío.
Y que me voy, te vas. Nos vamos yendo.

Aquel “morir inmerso” es categoría existencial en las torrencialidades del humano consistir: “No alcancé nunca el mar, estando viva”. Y... “todas íbamos a ser reinas”. Siento las evoluciones de los melismas gregorianos en ese movimiento en que “me voy retrocediendo”. Potente tensión interna, puerta culminante, centella de iluminaciones en relámpago, en medio de la noche individual y mínima. Con su inquietud de bestia husmea:

Olfatea. Olfatea.
Y se hinca a gemir un poco
de calavera.

(*El perro cautivo*)

Hay muchos nombres aquí convocados (no confundidos). Nombres propios con historia local y pasajera. Hay mucha humanidad sumergida y excavada bajo esta piel. Y hay mucha mujer con-salvadora (la embarazada, la diva, la tosca Mercedes). Y esta María que es también nombre y muchos nombres, de reinas sin cabeza, de embarcaciones y demonios aplastados, y una aceptación enorme:

Entre las estrellas reconozco la difusa firma de la Virgen
cuando dio su aprobación al firmamento.

Y, nada de difusa, con cuerpo reducido a simple indicio — como todas estas figuras que circulan, está también con su mensaje *El icono de la virgen de Wladimir*

Ay, dame el recado. Y si el Niño llora
será mi cumpleaños.

Como nada de difuso está ese perfil "delante de una vela" (*Vela*), en que la precariedad es el sello del rostro oculto que depende del fulgor:

Ahora que se apaga, ¿a quién recurrirás?
Vas volcando las sillas que buscas a tientas.

Intensa en su sequedad interior es esa desolación de un *Amanecer* que no amanece, percepción sin salida y lápiz aplastado. La luz del exterior se integra en este ritmo del movimiento latente:

Cuando abro el balcón para aventar un canto
mi huérfano guante oye el piano vecino.

Toda una historia denominativa, en abstracción geométrica, de individuación de figuras al acecho, reconozco en esta prosa poética de *Las inmortales*. Es vuelo, en atmósfera agitada, de nombres y apodos de esas “consanguíneas” estrellas y constelaciones que de *noche agreden*. La Cruz del Sur. La Estrella Polar. La Osa Mayor. Cada una con su propia cara. Algunas, enigmáticas en su grandeza, como *La Vía Láctea* que “por motivos teológico viscerales, no envejece” y “hasta pudo exclamar sin desangrarse: «Mi alma engrandece al Señor»”. En esta reflexión de vuelo amplio, de zodiacos interiores, se abre a tajo la herida abierta, desnuda ya de toda ropa lírica: “Pero aún viendo cómo brillan las estrellas le temo a la muerte. Y hallo más triste cada Navidad.” Contrapunto justo del segundo texto prosístico y no hay otros — que se engastan en las planicies de la obra, *El perro yacente*. Paréntesis, pausa de oxígeno, para la apretada contextura poemática, también aquí desfilan los sustantivos propios de una abigarrada humanidad, perdida y en rescate: la pata de Nelson, la baba de Calígula, la espalda del Mariscal Foch, Gandhi y su tiritón, Buda y su ruleta, la tos de Chopin, la espera de Ulises, la citara de David nonato... Por eso, en estas galerías subterráneas del aire, mirada de los adentros (*in-tueri*), se sabe que la “Historia no explica que hay héroes a medio evolucionar y que ya provocan ternuras teologales. Que aprenden a ladrar *Aleluya* con las olas”.

En *Islas nocturnas* son islas — no ovejas — las que discurren por los desfiladeros del insomnio, lúcido, crítico, atroz:

Ahora cuento las islas
apartes y unidas por el mar.

Groenlandia, Santa Elena, Las Malvinas, La Isla del Diablo, Rodas. Por esos despeñaderos, con crueldad, descarnadas, comparecen también para no ser confundidas para siempre:

Primero Groenlandia, madre
de los frigoríficos sin puertas.

¡Cuánta cotidiana luna, cuánta trivial esencialidad, cuánta caída merecedora... ¡*Ofelix culpa!* Concisión deslumbrante en este soneto cabal, *La vi inclinada y cordillera*, tan ceñido, tan recio en nervadura y hálito como *Avenida La Paz*, con esa exactitud de alta precisión: “el hilo, que en su boca humedecía”. Mujeres veterotestamentarias de nuestra historia de ayer no más, de esos días monótonos de rutina, en que — como en los ojos de la Guadalupe — un mundo se engrandece y se hace polvo:

Al fondo de sus ojos el ovillo
iba empequeñeciéndose y crecía
el horizonte de su dobladillo.

Tan calibrado como ese otro soneto desnudo, *Ausente*, en que con inicio ineludible (“Oficiaba de nube en el verano”), deja un temblor de ausencia con sello, rostro único, irrepetible (“del salón en el ángulo oscuro”):

Se quedó el balde en un rincón oyendo
el grifo entrecortado y el estruendo
de manzanas rodando por las tejas.

Y es que en la contemplación, silencio del aire, *El sordo en la fiesta* asegura los “miras”, “ves”, “huelas” y el hablante lírico comenta:

Será que después de muertos
comienza el *juego de la escondida*.

Y es que así, el sordo de la fiesta canta su epifanía. Siempre en un quedarse, como “se quedó en blanco aquella despedida” (*La despedida*), también con concentraciones de concisión virtuosística:

Tan camisa su pecho, tan pañuelo
mi pena.

y, con precariedad que deja sin aliento, el signo ritual de la clausura,

Yo alcé la mano presumiendo vida
y hubo un guante de adiós y un viudo velo.

y el trazado de la verdadera silueta bajo la piel del aire, “cuando/
tanta camisa en blanco es una vida”. Entonces, sólo queda sacudirse, como
la *Alfombra*:

salgo al balcón a sacudirme y siento
que las reseca flores están fijas.

¡Cómo te sumerges, Rosa Cruchaga, cómo te refinas en purgatorios
y desolaciones, cómo llegas hasta el punto donde se desciende (“venimmo
al punto dove si digrada”, Inf VI, 114), cómo te asomas, cómo te arriesgas
sin perderte! Con ese rostro tuyo peculiar, como todos los rostros aquí
excavados bajo la piel del aire, con tu huella digital inconfundible, ya

refinada como tu tosca Mercedes, ya sacudida como tu vieja alfombra, veraz,
honesta, puedes exclamar, y casi exigir, con propiedad:

In te Domine speravi :
non confundar in aeternum.

ALFREDO MATUS OLIVIER

Director de la Academia Chilena de la Lengua

Í N D I C E

pág.

9. *Rosa Cruchaga sabe que no se escribe poesía en vano.*
Andrés Gallardo.
13. *Mi sobremundo.* Rosa Cruchaga.
15. *Una Rosa en la Academia Centenaria.* Miguel Arteche.
31. *Coral de sal.* Roque Esteban Scarpa.

A N T O L O G Í A

37. De DESCENDIMIENTO (1959).
39, Uva. 40, Padre. 41, Con silencio te llamo. Con un nudo.
42, No despierten. 43, Olas. 44, Hijo (I). 45, Lluvias.
46, R. 47, Nace. 48, Hijo (II). 49, Origen. 50, Creciente.
52, Caminos. 54, Elegía (II). 55, Manos.
57. De DESPUÉS DE TANTO MAR (1973).
59, Muertos. 60, El muerto en la cordillera. 61, Sombra.
62, Sangre. 63, Que las madres. 64, Columpio. 65, La Jarra.
66, Botines. 67, Como madre un amigo. 68, Aire.
69, El guante olvidado. 70, Palabra. 71, Lluvia. 72, Jazmines.
73, Eucaliptus. 74, Isla Trinidad. 75, Altura.

77. De RAMAS SIN FONDO (1967).
79, Cita. 80, Madres cuzqueñas. 81, Tren. 82, Vendaval.
83, Rojo. 84, Ramas sin fondo. 85, Amurallada. 86, Hijo (IV).
87, Por encima.
89. De RAUDAL (1970).
91, Regreso. 92, Adiós. 93, Mujer Cuzco. 94, Paraguas.
95, Carreta. 96, Reses. 97, A mi padre (II). 98, Ventana.
99. De POESÍAS (1970).
101, Arenas. 103, Villancico. 104, Creo. 105, Plaza.
106, Negro spiritual. 107, Imagen del Señor de mayo.
108, Funeral de oficinista.
109. De ELEGÍA JUBILOSA (1977).
111, Lista cumplida. 112, No sé. 113, La ausente (III).
114, Como un jarro. 115, Villancico de María. 116, Feliz.
117, Menesteres.
119. De BAJO LA PIEL DEL AIRE (1978).
121, Menta. 123, Maqueronte. 125, La embarazada.
126, Muerte empaquetada. 128, El viejo comensal.
129, Pescadores. 131, Humo. 132, Sé que me voy. 133, El perro
cautivo. 134, Hoy me llamo María. 136, Quizás te has ido.
137, Vela. 138, Avenida La Paz. 139, Amanecer. 140, La vi
inclinada siempre y cordillera. 141, El número. 142, El sordo en
la fiesta. 143, La despedida. 144, Ausente. 145, Fatum.
146, Alfombra. 147, El ícono de la Virgen de Wladimir.
148, El perro yacente. 149, Trenes.

151. De OTRO CANTAR (1980).
153, Rimas de Noé. 154, Uñas. 155, Al despedirte.
156, Vi pasar a Dalí. 157, Hambres del jesuita Alberto Hurtado.
158, La Pietá en la tempestad. 159, Microbús Pila Cementerio.
160, Celos.
161. De ANTOLOGÍA BREVE (1982).
163, La flor de la pluma. 164, Transeúntes.
165. De SOBREMUNDO (1985).
167, Nieves de Josephine Baker. 168, El vaivén de mi silla.
169, Contemplación de una siesta. 170, Villancico de los
pastores. 172, Carroza. 173, Romería del dos de noviembre.
174, El ascensor. 176, A la actual poesía israelí.
179. De LA NOCHE DEL GIRASOL (2000).
181, Soy poco en la ciudad. 182, A mi vecino Jorge Pacheco
Matte. 183, Mes de María. 184, La Venus de Milo.
185. De un Libro en preparación.
187, José Manuel Parada. 188, Ya no hay té.
189, Salón de belleza.
191. OTROS PRÓLOGOS
193, Prólogo a *Ramas sin fondo*. Miguel Arteche.
195, Non confundar. Prólogo a *Bajo la Piel del Aire*.
Alfredo Matus Olivier.

**OBRA POÉTICA DE ROSA
CRUCHAGA DE WALKER**

DESCENDIMIENTO, 1959.
Premio *Alerce* de la Sociedad de
Escritores de Chile.

DESPUÉS DE TANTO MAR, 1963.
Editorial *Del Pacífico*.

RAMAS SIN FONDO, 1967.
Editorial *La Muralla*. Ávila, España.

POESÍAS, 1970.
Separata de Revista *Mapocho*,
de la Biblioteca Nacional.

RAUDAL, 1971.
Ediciones *Extremo Sur*.
Prólogo de Pablo Neruda.

BAJO LA PIEL DEL AIRE, 1978.
Editorial *Nascimento*.
Segunda edición, 1999.

OTRO CANTAR, 1983.
Ediciones de Revista *Mapocho*.

SOBREMUNDO, 1985.
Ediciones *La Muralla*. Ávila, España.

ANTOLOGÍA BREVE, 1987.
Revista *Atenea*, de la Universidad
de Concepción.

LA NOCHE DEL GIRASOL, 2000.
Santiago de Chile.

7 el misterio deseado;
canta porque no
tiene mas remedio;
nació para cantar.

Publ
Nina

1969 - Diciembre

Isla Negra